

SERVICIO  
SECRETO

SS

# DIAS DE PODER Y GLORIA

*Clark  
Carrados*





# SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.729 — Un triste final.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.591 — Jenny Tucson, detective privado.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

984 — El ancla de oro.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

# DÍAS DE PODER Y GLORIA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.595

Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO**

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 760 — 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.<sup>a</sup> edición: marzo, 1981

© Clark Carrados - 1981

texto

© Jorge Núñez - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,  
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets  
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

## CAPÍTULO PRIMERO

**E**STABA retocando un ramo de flores que había sobre el mostrador, cuando entraron los dos hombres. Hellmuth Brauning les miró con recelo, pero también irritado.

—¿Puedo servirlos en algo? —preguntó con voz tensa—. ¿Pasteles, caramelos, bombones...?

—Déjate de cuentos, Hellmuth —dijo uno de los recién llegados—. Demasiado sabes a lo que hemos venido.

Brauning continuó su tarea sin inmutarse.

—Entonces, si no vais a comprar alguno de mis acreditados productos, será mejor que os larguéis —contestó—. Conozco bien vuestras pretensiones y no hay nada que hacer. ¡Fuera, irlandeses del demonio!

—Maldito «patata»... —exclamó el otro.

Pero su compañero le detuvo con un ademán.

—Quieto, Harry —dijo suavemente—. Hellmuth, trata de comprender bien lo que queremos. No queremos más guerras, solo deseamos la paz. Pero tienes que ceder en ese asunto...

—¡Ni hablar! —contestó Brauning secamente—. Está en el lado norte y el lado norte es mío. Eso es todo.

—De modo que el lado norte es tuyo, ¿eh?

—Demasiado lo sabes, así, que basta ya de charla. Tengo trabajo, no me entretengáis más.

—Hellmuth, mira hacia la puerta.

Brauning hizo lo que le decían. Inmediatamente, apareció el pánico en su rostro.

El tipo que estaba en el umbral era alto, delgado, de cara chupada y expresión fúnebre. Tenía una pistola en la mano.

El disparo no hizo ruido, merced al silenciador. El voluminoso

corpachón de Brauning fue lanzado hacia atrás, pero no cayó. Aún recibió cuatro impactos más, todos en el pecho y en el interior de un círculo que no media más de seis o siete centímetros de diámetro, antes de desplomarse al suelo, detrás del mostrador.

El hombre, que había llevado la voz cantante, sonrió.

—El lado norte «era» tuyo, Hellmuth Brauning —dijo, a guisa de epitafio.

El pistolero había desaparecido. Los otros dos salieron tranquilamente de la bombonería, subieron a un coche que les aguardaba en la acera y se alejaron sin que, al parecer, nadie se hubiera percatado de lo que sucedía.

\* \* \*

Cuando llegaba al término de su viaje, William «Sonny» Sharmax se encontró con el primer semáforo. Estaba en rojo y se detuvo, mientras tabaleaba con los dedos sobre el aro del volante y paseaba la vista a su alrededor. Se preguntó si habría acertado al aceptar el cargo que le había sido ofrecido.

Podía fracasar y ello representaría su ruina profesional. Pero si tenía éxito, su reputación aumentaría enormemente y ello le permitiría en lo sucesivo ser más exigente con quienes le ofreciesen un trabajo similar.

—En fin, la suerte está echada —se dijo.

De repente, oyó un coro de voces extrañas.

Volvió la cabeza. A menos de cien metros de distancia, divisó un grupo de hombres, enteramente vestidos de negro, sobre una pequeña lomita cubierta de verde. Divisó asimismo algunas cruces y lápidas y entonces se dio cuenta de que se había detenido junto al cementerio de Plainsville.

Era algo que no tenía importancia. Lo sorprendente era la melodía que cantaban aquellos hombres, veinticinco o treinta en total.

No se lo acababa de creer. El semáforo se puso en verde, avanzó unos metros, paró el coche, se apeó y emprendió la ascensión hacia la lomita.

A treinta metros, se detuvo, bajo un frondoso olmo. Sí, aquel grupo de hombres cantaban *Yo tenía un camarada*. Lo hacían con germánica solemnidad, con absoluta seriedad, expresando con

aquella balada la devoción que habían sentido hacia la persona que ahora yacía en el ataúd, junto a la tumba recién abierta.

Las últimas notas de la melancólica canción se extinguieron. Una mujer sollozó agudamente. Sharmax se dispuso a abandonar el cementerio. Debían de ser grupos de neonazis, que habían perdido a algún compañero, calculó. En fin, mientras la cosa no pasara de cantar nostálgicas melodías...

Regresó al coche y se acarició la perilla. Luego se pasó una mano por la abundante cabellera castaña. Complacido, se miró en el retrovisor.

—Estoy bastante bien —se dijo, a la vez que accionaba la llave de contacto.

\* \* \*

La doncella, que había abierto la puerta de la lujosa mansión, le miró con no disimulado asombro.

—¿Sí... señor? —dijo, insegura a causa de la sorpresa.

—Soy Sharmax —se presentó el recién llegado—. ¿Puede avisar a la señorita DeVere-Gibbs?

—Sí, señor... Ahora mismo... Tenga la bondad de seguirme, señor Sharmax.

El forastero contempló discretamente el lujo de la mansión, exquisitamente decorada por un buen experto. No había detalles de mal gusto y el confort superaba a la elegancia, sin que esta faltara por ninguna parte.

La doncella se hizo visible al cabo de unos segundos.

—Por aquí, tenga la bondad.

Sharmax la siguió hasta una estancia, que era un gabinete de trabajo, en la que había una mujer. Ella, al verle, se quitó los lentes que usaba para leer y se puso en pie detrás de su mesa.

—Soy Alberta DeVere-Gibbs —se presentó ella—. Pero, ¿usted es William Sharmax?

El visitante sonrió.

—Lo dice por mi aspecto, ¿verdad?

—Pues... sí. La fotografía que vi en el «dossier» que recibí sobre usted no se parece absolutamente en nada.

—Bueno, entonces no tenía los cabellos largos ni llevaba bigote ni perilla. Pero usted debe de saber, sin duda, que dejé la Policía de

los Ángeles durante una temporada. Intervine en un par de películas, con bastante éxito, y luego se me eligió para ser protagonista de una serie de televisión sobre Buffalo Bill.

—Ah —dijo ella—. ¿Qué pasó?

—Bien, me aconsejaron me dejase crecer el pelo y que cultivase el bigote y la perilla, Al final, le dieron el papel a otro.

—Lastimoso —comentó Alberta. Movi6 una mano—. ¿Quiere sentarse, señor Sharmax? Voy a ponerle en antecedentes de lo que queremos de usted. Después, decidirá si le conviene o no el cargo de jefe de policía de Plainsville.

—Sí, señorita.

«Una chica muy estirada», pensó él. Ni siquiera le ofrecía una taza de café.

Era bastante alta, delgada, casi plana, de cabellos oscuros, aunque no negros, muy cortos, más que él mismo. El rostro era agradable, pero, sobre todo, enérgico.

—Queremos que ponga orden en la ciudad —empezó ella a hablar—. Estamos viviendo sobre un volcán y deseamos apagarlo. Las cosas han llegado ya a una situación límite; no podemos permitir que sigan adelante, *in crescendo*, o acabaremos literalmente en poder del hampa que pulula por todas partes.

—Comprendo —dijo Sharmax—. Siga, por favor.

—Antes de nada, debo ponerle en antecedentes de algo que quizá ignore. Se burlaron de nosotras cuando empezamos la campaña, pero luego se llevaron un chasco monumental. El consejo municipal está compuesto exclusivamente por mujeres.

—¡Asombroso! —calificó él.

—Nos tomaban a chacota y se reían de nosotras, pero la gente nos votó prácticamente en masa el día de las elecciones. Barrimos la podredumbre municipal que había regido la ciudad hasta ahora. Ninguno de los miembros pertenecientes al anterior consejo resultó reelegido. Eso significa que no tenemos oposición.

—Magnífico. ¿Y...?

—El anterior alcalde permitió demasiadas cosas. Por eso hoy Plainsville es un feudo de los *gangsters*. Queremos que acabe con ello.

—¿A estilo antiguo? ¿Como en las películas del Oeste, que contratan a un famoso pistolero para que imponga la ley y el orden

a tiro limpio?

—Si es necesario, ¿por qué no? —respondió ella, impasible—. Desde ahora le anuncio que el consejo municipal le apoyará con todas sus fuerzas. El fiscal es dudoso, pero el juez está enteramente, de nuestra parte —Alberta sonrió—. También es una mujer, señor Sharmax.

—Perdone la pregunta, señorita DeVere-Gibbs, pero... ¿qué cargo desempeña usted en ese ayuntamiento?

—Comisionado de Policía. Apparentemente, usted estará a mis órdenes, y en realidad será así, pero desde ahora le doy carta blanca para que limpie la ciudad. La alcaldesa me apoya plenamente y respaldará cualquier decisión mía en ese sentido.

—Fantástico —murmuró él—. Estamos en una época en que las mujeres lo consiguen todo, pero jamás había oído que una ciudad estuviese regida exclusivamente por miembros del sexo débil.

—Sucede que somos pragmáticas y contratamos siempre lo mejor —manifestó Alberta tranquilamente—. Si hubiésemos encontrado una mujer con reputación superior a la suya, la habríamos contratado, no le quepa la menor duda.

—Seguro. Por favor, ¿puede anticiparme algo de lo que sucede? Una breve sinopsis, no es necesario que se extienda demasiado.

—Está bien. Hay dos clanes de forajidos: los alemanes, llamados los «patatas» y los irlandeses, llamados los «chinchés». Ambos clanes se disputan el dominio de la ciudad. Parecía que las cosas estaban calmadas desde hacía algún tiempo, pero ayer fue asesinado el jefe de los alemanes, Hellmuth Brauning. Temo que se va a producir una guerra de bandas... y quizá mueran inocentes.

—Ah, entonces comprendo por qué, aquel grupo de hombres estaban cantando *Yo tenía un camarada* en el cementerio —exclamó Sharmax.

—¿Cómo dice? —se sorprendió ella.

Sharmax le explicó lo que había visto y añadió:

—Pensé que sería un grupo de nostálgicos neonazis, pero, por lo que me ha dicho, veo que estoy equivocado.

—Señor Sharmax, *Yo tenía un camarada* ya se cantaba en el siglo pasado y se sigue cantando todavía en Alemania —dijo ella.

—Acabo de aumentar mi nivel cultural —sonrió el forastero—. Y, ¿qué más, señorita?

—Plainsville tiene unos cincuenta mil habitantes y varias fábricas muy importantes, que dan trabajo a millares de personas. Hay casas de juego, apuestas ilegales, prostitución, droga... y todo ello en manos de los *gangsters*. Sin contar con el sindicato que, por ahora es neutral, pero que pronto pasará a manos de una de las dos bandas. Acabe con todo esto, señor Sharmax, y merecerá nuestra eterna gratitud.

—Me gusta la gratitud a estilo fenicio —sonrió él.

Alberta enrojeció ligeramente.

—Dinero —dijo—. Está bien. Dos mil mensuales, más gastos, y veinticinco mil cuando juzguemos haya terminado su labor satisfactoriamente. Además, podrá conservar el cargo, si le parece bien.

—De acuerdo, pero ha dicho antes que me van a dar carta blanca.

—En efecto.

—Señorita, voy a advertirle una cosa. Puede que, en los primeros días, e incluso en las primeras semanas, no consiga resultados visibles y menos espectaculares. Deberá acostumbrarse a tener un poco de paciencia y, quizá, soportar algunos estallidos de violencia. Comprenderá que no puedo salir a la calle a provocar a los forajidos. «Saca tu revólver o lárgate de la ciudad, forastero»... Eso no se puede decir hoy día, ¿me comprende?

Alberta hizo un gesto afirmativo.

—Por tanto, necesito información —añadió él.

—En la Jefatura de Policía hay un archivo completísimo...

—En el cual, sin duda, faltan datos que no suelen reflejarse en documentos oficiales. Yo me procuraré esos datos por mi cuenta. Quizá le presente una nota de gastos algo elevada, pero, créame, solo con buena información, conseguiremos resultados.

—Muy bien, he dicho que va a tener carta blanca, y no pienso retractarme. ¿Cuándo empezará a trabajar, señor Sharmax?

En aquel instante, sonaron unos nudillos en la puerta.

—¡Pase! —ordenó Alberta.

La doncella entró, con una bandeja de plata en las manos, sobre la que se veía un sobre.

—Acaban de traer esta carta para usted, señorita.

—Gracias, María.

Alberta se puso los lentes. Rasgó el sobre con una plegadera y extrajo la carta. Después de leerla atentamente, sin variar de expresión, se la entregó al visitante.

—Acaban de empezar las dificultades para mí, en lo personal —manifestó.

Sharmax tomó la carta. Era un mensaje muy breve:

«A partir de ahora, ha contratado un seguro sobre su fábrica por valor de S 2.500 semanales. Se le indicará cómo y dónde debe hacer los pagos. Acepte el contrato o le pesará.»

Sharmax sonrió.

—Un mensaje típico de esta clase de sujetos —dijo—. ¿Qué piensa hacer, señorita?

Alberta le pidió la carta. Al tenerla en las manos, hizo una bola y la arrojó a la papelera.

—Ahí tiene la respuesta —dijo.

Sharmax se levantó, dio la vuelta a la mesa, se inclinó y recobró la carta.

—Procuraré averiguar quién la ha enviado —dijo—. Está bien, soy su nuevo subordinado, señor Comisionado de Policía.

Todavía siguieron hablando un rato más. Cuando salió de la casa, Sharmax se dijo que no iban a ser facilidades precisamente lo que iba a encontrar en su tarea.

Pero le gustaba enfrentarse con las dificultades y saborear el placer de vencerlas.

## CAPÍTULO II

—**D**E modo que esta es la situación —dijo, después de que el teniente Grays le hubiera hecho una exposición de los hechos, mucho más detallada que la de Alberta.

—En efecto. Así están las cosas y, a menos que ocurra un milagro, no creo que varíen.

Sharmax ocultó sus pensamientos tras una cortés sonrisa. Grays andaba ya por los cincuenta años y era evidente que se sentía cansado y gastado, y que no quería complicarse demasiado la existencia. Solo deseaba alcanzar la edad de retiro, para liberarse de compromisos y entregarse a la vida plácida y sin problemas del jubilado.

No se le podía reprochar, pensó. Grays había sido desbordado por los acontecimientos y ya no estaba en edad de afrontarlos. Tendría que confiar más en Millman y White, sus dos sargentos, hombres de unos treinta y cinco años, rudos pero también inteligentes, a los que había conocido hacía poco.

—Teniente, por el momento todo seguirá como hasta ahora —dijo, después de reflexionar unos momentos—. Usted continuará haciendo su tarea, aunque me gustaría coordinarse las operaciones desde su despacho. Yo me moveré más por la calle, ¿comprende?

—Muy bien. ¿Algo más, capitán?

Sharmax sonrió.

—Por favor, no me dé ese título, aunque lo tenga oficialmente. Me viene ancho, créame. Llámeme mejor Sonny; el apodo familiar.

—Yo me llamo Arthur, pero también me dicen Artie —contestó Grays de buen humor.

—Creo que vamos a entendernos bien, Artie. Deme más datos de los clanes, se lo ruego.

Grays volvió a hablar durante un rato. Cuando llegaba al asesinato de Brauning, Sharmax hizo un gesto con la mano.

—Vamos a ver, Artie. Dice que dos hombres entraron en la bombonería y que entretuvieron a Brauning, mientras el pistolero disparaba desde el umbral.

—Así sucedió, en efecto.

—Y que hay una testigo que vio al pistolero.

—Sí. Aunque no le vio disparar, suponemos que tuvo que hacerlo. La testigo vio el brazo del asesino tendido hacia dentro. Dada su posición, no alcanzaba a ver la mano y la pistola, ocultas a sus ojos por la jamba de la puerta. Pero si nos hizo una descripción muy buena del pistolero.

Sharmax abrió la carpeta destinada al crimen. La testigo, en efecto, había sido una mujer muy observadora.

De pronto, sonrió.

—Creo que conozco al tipo —dijo.

—No sabemos quién es, aunque suponemos lo «importaron»...

—Sí, seguro. Haré que vuelva a Plainsville.

—¿Cómo? ¿Lo conoce? —se sorprendió Grays.

Sharmax había estado sentado hasta entonces en una esquina de la mesa y se apeó.

—Lo conozco —repuso—. A propósito, hoy se celebra una reunión de Club de Mujeres Progresistas.

—Sí, y lo preside la alcaldesa. No quisiera saber la que se ha organizado en Plainsville, desde que ellas ganaron las elecciones. El club ha multiplicado por diez el número de sus asociadas... Creo que asistirán más de dos mil. Es una fuerza con la que tienen que contar ciertos sujetos y, si no se dan cuenta del cambio operado en la ciudad, acabarán en la catástrofe.

—Para eso me han encontrado a mí —se despidió Sharmax.

\* \* \*

Estaba poco menos que abrumado. Salvo un par de policías a la entrada del enorme local, era el único varón entre todas las mujeres que atestaban el gran salón del Auditorium. En el estrado, bajo una serie de pancartas con diversos lemas, todos ellos alusivos a la «limpieza» de la ciudad, una mujer peroraba enérgicamente, arrancando frecuentes salvas de aplausos a sus enardecidas oyentes.

Era Betty Thomas, la alcaldesa, de unos cuarenta años, muy guapa y de figura agradablemente redondeada. Alberta se sentaba a su derecha, rígida, estirada, vestida con elegancia, pero con un modelo que no la favorecía en absoluto.

«¿Por qué no viste ropas más alegres?», pensó. Parecía, aunque el traje no fuese negro, que estaba de luto permanente.

La señora Thomas terminó su virulenta diatriba, dirigida a toda suerte de hampones y maleantes, a los que había asegurado su próximo exterminio. Después de una atronadora ovación, se volvió hacia la joven.

—Y ahora, amigas mías, nuestra Comisionada de Policía os va a hacer una interesante declaración —dijo.

Alberta se puso en pie y se acercó al atril donde estaban los micrófonos. Levantó las manos, impuso silencio y empezó a hablar:

—Seré muy breve, amigas. A grandes males, grandes remedios. Nuestra ciudad se ha convertido en un sangriento estercolero. Vamos a limpiarlo, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. El que quebrante la ley, tendrá que afrontar inexorablemente las consecuencias de su acción. No pretendemos, como alguien ha dicho venenosamente, convertir Plainsville en una cartuja; solo queremos que haya paz y tranquilidad, y que cesen las extorsiones de todo género y que el miedo desaparezca de entre nosotros. Ahora bien, las intenciones no bastan; es preciso actuar. Las palabras de poco sirven, si no son acompañadas de obras. Por dicha razón, y con el asenso de nuestra alcaldesa, hemos contratado un nuevo jefe de Policía, presente afortunadamente en esta reunión. Amigas, tengo el gusto de presentarles a William Sharmax.

Una atronadora ovación acogió el breve discurso de la joven. Cientos de rostros se volvieron hacia Sharmax, situado junto a la puerta. Alberta le hizo señas de que se acercase al estrado.

Sharmax titubeó unos instantes, pero acabó por acceder y avanzó a lo largo del pasillo, entre aplausos y exclamaciones de admiración.

—¡Guapísimo!

—¡Es un tipazo!

—Un hombre así me lo recetó el médico, pero no lo venden en las farmacias.

—¡Macho! —le jaleó una, sin duda de origen hispano.

—Tío bueno...

Rojo como una guinda, Sharmax llegó al fin al estrado y trepó de un ágil salto, que hizo las delicias de las espectadoras. Procuró acallar el tumulto y sonrió.

—Señoras, he tenido el inmenso honor de ser propuesto para jefe de Policía de Plainsville y he aceptado el cargo con gran placer. Haré todo lo que esté en mi mano por restablecer la tranquilidad. Pero no esperen milagros de mí ni piensen que voy a conseguirlo mágicamente, con un simple chasquido de dedos. Soy un hombre, no un brujo, y solicito paciencia, además de comprensión y ayuda. Eso es todo.

Más aplausos acogieron el parlamento de Sharmax. Alberta se inclinó hacia él.

—Perfecto —calificó en voz baja—. Breve, pero tremendamente sustancioso.

—Muchas gracias.

De repente, se vio entrar corriendo a uno de los policías de la entrada. Alberta se adelantó al borde del estrado, inclinó un poco el torso, escuchó lo que decía el hombre y luego asintió.

—Está bien —dijo—. Llame a Jefatura y pida un equipo, para que la busquen.

—Sí, señora.

La joven se irguió y tomó el micrófono. Todas las espectadoras, y Sharmax también, se preguntaban qué podía suceder. Lo supieron muy pronto.

—Amigas mías, el enemigo, y todas sabemos quién es, acaba de lanzar el primer golpe. He recibido el anuncio de que hay una bomba bajo el estrado y que hará explosión dentro de quince minutos.

Se oyeron algunos chillidos. Sonaron voces de pánico. Alberta trató de continuar y alzó el tono de su voz.

—¡Calma, por favor, hay tiempo de sobra para desalojar el local! Por mi parte, opino que se trata de una broma pesada, destinada a ridiculizarnos, más que a meternos el miedo en el cuerpo. Sinceramente, no creo en la bomba y por dicha razón, pienso permanecer aquí. Ahora, que cada una haga lo que quiera. Yo me quedo.

Retrocedió y tomó asiento en su sitio Algunas de las mujeres que

componían la presidencia empezaban a marcharse, pero regresaron y ocuparon de nuevo sus puestos.

Las que habían salido, volvieron a entrar. Un profundo silencio gravitó sobre el salón.

Sharmax estaba admirado. Nunca había visto una cosa semejante. Pero no le cabía duda de que Alberta había transmitido su valor a dos mil mujeres, muchas de las cuales estaban terriblemente nerviosas, pero dominaban su miedo de forma admirable.

El tiempo transcurrió con gran lentitud Sharmax estaba en pie, en un lado del escenario. Como las mujeres, consultaba su reloj con gran frecuencia.

Cuando la aguja del minuterio se acercó al término del plazo, contuvo el aliento. ¿Iban a volar por los aires?

Transcurrieron quince minutos. Veinte, veinticinco, treinta...

Sonó un clamor general de alegría.

—¡Hemos vencido! —gritó Betty Thomas.

Sharmax miró a la joven. Alberta sonreía. «¡Qué extraño!», pensó sarcásticamente.

\* \* \*

Alberta se libró al fin de las innumerables admiradoras que habían acudido a felicitarla por su valentía. Sharmax estaba junto a su coche.

—Suba —dijo ella—. Le llevaré al centro de la ciudad.

El coche era grande, lujoso, descapotable. Alberta empuñó el volante.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó.

—Me gustaría que fuese un hombre, para contestarle con una frase que solo un hombre puede oír —respondió él.

—Me imagino cuál es la frase. No la diga, por favor.

—Pero no me prohibirá que lo piense, ¿verdad?

—Podría decirme, simplemente, que soy valiente.

—Lo es. Y ha dominado la situación increíblemente.

—Tenía que hacerlo. No quería demostrar miedo ante esos cobardes. Yo sabía que no podía haber una bomba.

—¿Por qué?

—Habría sido demasiado. Ellos saben muy bien hasta dónde

pueden llegar. Solo querían darse el gusto de vernos salir atropellándonos, chillando enloquecidas de pánico, ver perderse sombreros, bolsos, zapatos y hasta prendas íntimas. Pero se han llevado un chasco. Están derrotados y solo falta que usted los remate.

—No cante victoria todavía. Es pronto. Aún tienen muchos recursos. Y hay hombres en la ciudad y muchas de las mujeres están casadas y otras tienen padres, hermanos o hijos. Han hecho el ridículo, de acuerdo, y los periódicos y la televisión magnificarán el caso... pero el asunto no puede quedar en palabras. Tienen que llegar los hechos.

—¿Ha encontrado ya alguna solución?

—De momento, una.

—¿Cuál, por favor?

—El asesino de Brauning. Sé quién es.

—Vaya, es rápido actuando. Quizá le llamen un día Billy el Rápido.

—No se burle de mí. A fin de cuentas, antes de dedicarme al cine, con poco éxito, sin duda alguna, estuve diez largos años en el Departamento de Policía de Los Ángeles. Se llega a conocer así a mucha gente.

—Es lógico. Entonces, telefonearé a la Policía de Los Ángeles para que detengan a ese asesino.

—Mejor todavía. Lo haré venir aquí y así podré arrestarlo.

Ella se sintió súbitamente interesada por la respuesta.

—¿Cómo, señor Sharmax?

—Al pez le gustan los gusanos y al asesino profesional el dinero.

—Oh... Pero eso significa que sabe dónde vive...

—Sé dónde debo lanzar el anzuelo con el cebo. Pero habrá de permitirme que sea discreto.

—Claro. Ah, voy a pedirle un favor. ¿Quiere venir conmigo hasta el aeropuerto y devolver luego el coche a casa?

—¿Se va de viaje? —preguntó él, sorprendido.

—Oh, no, solo a pasar el fin de semana con mis padres, en la Sierra.

—Allí no puede aterrizar un avión...

—Uso helicóptero, hombre. Yo soy el piloto y así me ahorro un sueldo.

—Usted sabe hacerlo todo —dijo Sharmax, admirado.

—No me gusta estar inactiva —contestó Alberta impasible.

### CAPÍTULO III

HABÍAN transcurrido ocho días.

Todo seguía igual. Por el momento, parecía que la llegada del nuevo jefe de Policía había impuesto la paz.

Aquella tarde, Sharmax recibió dos llamadas telefónicas en su despacho oficial. Contestó lacónicamente en ambos casos y sonrió, satisfecho. Su servicio de Información había empezado a funcionar.

A las seis de la tarde, se abrieron las puertas de El Pato Alegre, uno de los mejores locales de Plainsville. A las diez de la noche, la animación habría alcanzado su punto máximo.

A las diez y cinco minutos, llegó un coche ocupado por cinco hombres de rostro severo. Cuatro se apearon. El quinto quedó tras el volante.

Sharmax, oculto tras una esquina, hizo una señal. Dos policías de uniforme avanzaron hacia el coche. Uno de ellos metió la mano por la ventanilla, cerró el contacto y retiró la llave. El otro apuntó con su revólver al sorprendido conductor.

—Apéate, hijito —ordenó.

El pistolero obedeció. Mientras, Sharmax corría hacia el local.

Dentro, los cuatro individuos que habían entrado estaban entregados a la agradable tarea de romper mesas, sillas y botellas. Sharmax se detuvo en el umbral y lanzó un poderoso grito:

—¡Alto!

Los *gangsters* se volvieron. Uno de ellos se echó a reír.

—Hombre, pero si es Buffalo Bill en persona.

—El *cow-boy* de opereta —dijo otro.

—Anda, vete a filmar una película del Oeste —rio un tercero.

El cuarto se puso el pulgar en la nariz, agitó los restantes dedos, sacó la lengua e hizo un ruido burlón.

—Anda, vete de aquí, peliculero.

Sharmax no se inmuto.

—Están arrestados —dijo—. Tengan la bondad de seguirme.

Los *gangsters* se miraron entre sí y volvieron a reír.

—Este tipo se lo ha creído, muchachos —dijo el que encabezaba la pandilla.

—Hasta se ha vestido como si fuera a actuar ante la cámara —dijo otro, riendo desaforadamente.

Sharmax tenía un acusado sentido del humor. Se había ataviado precisamente como si fuese a rodar una película, para la serie de televisión que luego se había frustrado. Todo podía compaginarse, había pensado.

Las camareras, desnudas de la cintura para arriba, el jefe de barra y el encargado del local, estaban apelotonados temerosamente en un rincón. De repente, uno de los hampones sacó su pistola.

—Voy a hacer como antiguamente: que baile un poco...

La respuesta de Sharmax dejó boquiabiertos a todos los presentes. Debajo de la chaqueta de flecos llevaba dos auténticos revólveres. Uno de ellos surgió de pronto y escupió una llamarada.

El pistolero lanzó un aullido y se agarró la mano en el acto. Sonaron dos disparos más. Sendos sombreros volaron por los aires. Eran los de dos hampones que solían ir cubiertos.

Tres pares de brazos se alzaron lentamente. Los *gangsters* estaban completamente blancos.

—He dicho que están arrestados —repitió Sharmax tranquilamente—. Tengan la bondad de salir fuera, donde les esperan ya los coches de patrulla.

Varios agentes entraron en aquel momento y se llevaron a los desmoralizados hampones. Entonces, un hombre se acercó al joven.

—Señor Sharmax, tiene usted un aspecto terriblemente truculento, pero no cabe duda de que es un hombre valiente. Gracias por haberme librado de un serio percance.

—Usted es Wheeler, el dueño —dijo Sharmax.

—Sí, en efecto.

—¿Conoce a los asaltantes?

—Pertenecen al clan de los «chinchas». Quieren que me acoja a su «protección». Naturalmente, yo me oponía y...

—Solo necesita protección de la Policía —contestó él—. Si

vienen los alemanes, avíseme.

—Así lo haré —prometió Wheeler.

Sharmax dio media vuelta y salió. Los hampones habían sido llevados ya a la Jefatura. Grays se encargaría de la labor burocrática. Él pensaba ir a su alojamiento, a cambiarse de ropa. Aquella misma noche tenía que celebrar una entrevista y la indumentaria que llevaba no era la más apropiada.

\* \* \*

Cuando llegaron a la vecindad de la casa, Sharmax hizo una señal a su acompañante, sargento Millman.

—Ya sabe lo que hemos de hacer. Procure no intervenir, a menos que sea absolutamente necesario. Pero si es preciso actuar, hágalo a fondo.

Millman asintió.

—Descuide, señor.

Sharmax entró en la casa. El conserje, al verle, se acercó al teléfono. La mano del joven se apoyó pesadamente sobre el aparato.

—Salgan fuera —ordenó.

El hombre obedeció. Junto a la puerta se hallaba el sargento White.

—Reténgalo aquí —dijo Sharmax—. Procure no asomar fuera del edificio, para que él no les vea.

—Bien, señor.

Sharmax pasó de nuevo por el mostrador del conserje y descolgó el teléfono. Luego se encaminó hacia la escalera.

No quería utilizar el ascensor. Eran solo tres pisos y el ruido podría sorprender al hombre a quien buscaba. Era un edificio viejo y el ascensor tenía los mismos años.

Momentos después, llegaba a la puerta deseada. Escuchó unos momentos. Había un televisor encendido. Sin duda, el ocupante estaba distraído con alguna película. Sonrió; a juzgar por los disparos que se oían, la caravana de los colonos estaba siendo atacada por los pieles rojas.

La puerta estaba cerrada con llave, tal como había supuesto, pero tenía los medios para abrirla. Momentos después, hacía girar el pomo silenciosamente.

El hombre estaba sentado, de espaldas a la puerta y frente al

televisor. En una mesita, a su derecha, estaba el aparato de mando a distancia.

Sharmax se acercó de puntillas y apretó el botón de cierre. La pantalla se apagó en el acto.

—No te muevas, Caddo Behrs —dijo suavemente.

El hombre se puso rígido.

—¿Quién eres?

—Sonny Sharmax.

—Tú...

—Sí. No hay otro «contrato». Te engañaron.

Behrs emitió una imprecación.

—He picado como un tonto.

—Lo sabía. En Los Ángeles no pudimos ponerte entre rejas. Aquí, las cosas van a ser muy distintas.

—Nadie me vio...

—Estás equivocado. Te vieron y pagarás, quizá, con la vida. De nuevo se aplica la pena de muerte, ¿sabes?

Hubo un momento de silencio. Luego, Sharmax dijo:

—Caddo, voy a desarmarte.

—Está bien.

El pistolero permaneció inmóvil mientras Sharmax le quitaba el arma que tenía en una funda sobaquera. Luego, de súbito, se inclinó un poco y sacó una pistolita que tenía sujeta un poco más arriba del tobillo.

Con el mismo movimiento, se levantó, giró y saltó hacia atrás. En la ventana, sobre la plataforma de la escalera de incendios, sonó un estampido.

Behrs se tambaleó, con la sorpresa en el rostro. Frenético, volvió el arma hacia la ventana, pero Millman disparó de nuevo.

Esta vez, la bala hizo volar trozos de cráneo por los aires. Behrs cayó fulminado.

Sharmax enfundó la pistola que no había tenido ocasión de utilizar.

—Bravo, sargento —dijo—. Quédese aquí para los trámites de rigor.

—Sí, señor —contestó Millman, a la vez que entraba por la ventana en la habitación.

Sharmax bajó a la calle. White aguardaba con el conserje.

—Llévelo arrestado —ordenó—. La acusación es complicidad en el asesinato de Hellmuth Brauning.

—Bien, jefe —sonrió el sargento.

\* \* \*

La juez ocupó su puesto en el estrado. El ujier ordenó que los acusados se pusieran en pie.

Elaine Webster miró a los cuatro hombres por encima de sus lentes. Uno de ellos tenía el brazo derecho en cabestrillo,

—La culpabilidad de los acusados ha sido probada concluyentemente —dijo, tras una corta pausa—. Por tanto, mi sentencia es de un mes de cárcel, más quinientos dólares de multa, excepto Fergus MacLean, quien, al intentar atacar a un oficial de la ley, mediante arma de fuego, se ha hecho acreedor a una pena más severa. Fergus MacLean, a usted se le condena a dos años de cárcel, sin fianza ni reducción alguna. Caso fallado.

Un hombre se puso en pie.

—¡Señoría, protesto! Ha sido un juicio irregular...

—Eran faltas menores. Por eso no hizo falta jurado —contestó la juez Webster, inflexible.

—Lo cual es una violación de las leyes, Señoría.

Elaine Webster frunció el ceño.

—Abogado Rayner, la defensa de la persona acusada ante un tribunal es un noble empeño, del que todos debemos sentirnos orgullosos y estar dispuestos a cooperar. Pero ello no significa que, para defender al procesado, sea o no culpable, sea preciso ultrajar al tribunal de violar las leyes, se ha hecho usted culpable de desacato. Por tanto, le condeno a dos meses de cárcel y dos mil dólares de multa, no condonables de ambas penas por fianza alguna.

El abogado abrió la boca, estupefacto. La juez movió una mano

—¡Llévense a todos fuera de la sala! —ordenó.

Había gran cantidad de mujeres. Estallaron numerosos aplausos. La juez sonrió, se quitó los lentes, se puso en pie y juntó las manos por encima de la cabeza.

Sharmax torció el gesto.

## CAPÍTULO IV

—**E**SO no es formal —se quejó Sharmax dos días más tarde, en el jardín de la residencia de Alberta.

Ella estaba en pie, llenando dos copas.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ustedes quieren derrotar a los *gangsters* y eso está bien. Pero tienen que aprender a aplicar las leyes correctamente.

—Rayner protestó inadecuadamente. Elaine Webster hizo buen en condenarle.

—No estoy tan seguro.

Ella le pasó la copa.

—¿Por qué, Billy el Rápido?

—Si van a ajustar las leyes a sus conveniencias, acabarán por desacreditarse. Admito que eran una pandilla de matones y el abogado, aún peor, un tipo sin moral; pero tampoco había que pasarse. Ya era suficiente con haber sido llevados a un tribunal, para no añadir la burla y el desprecio.

—La sentencia es justa, señor Sharmax.

—Un juez debe observar las formalidades de rigor y no ponerse de parte de los espectadores. De lo contrario, parecerá que está actuando en cualquier país del tercer Mundo, ante una multitud ávida de sangre. Hable con la juez y dígale que se tome el cargo más en serio. Las penas son breves, pero podría encontrarse en apuros, si un día tuviese que juzgar un caso mucho más serio.

—Podíamos haber tenido uno, pero usted lo evitó —dijo Alberta intencionadamente.

—Simuló entregarse y permitió que yo le quitara una pistola, pero llevada otra en una funda sujeta al tobillo. La sacó y...

—Sé lo que sucedió y también dije que le apoyaría

incondicionalmente. No crea que voy a hacerle reproches por lo que sucedió. Pero ¿cómo le atrajo a Plainsville?

—Bueno, envié un mensaje secreto... Y vino a ganarse otro puñado de dólares.

—Entonces, lo conocía.

—Personalmente, no, no se vaya usted a creer lo que no es. Sin embargo, repito, sabía cómo hacerle venir. Se dejó tentar por una suma aún mayor. Eso es todo.

—Bien, ¿cuáles son sus otros planes?

—Le dije el primer día que necesitaría información. Estoy tratando de reunirla y eso no se consigue en unas pocas horas. Mientras tanto...

El teléfono le interrumpió de pronto. Estaban en el despacho privado de la joven y ella levantó el aparato.

—Sí, soy Alberta DeVere-Gibbs... ¿Cómo? ¿Tres horas? ¿A las nueve en punto de la noche? Perfectamente, tomo nota.

El teléfono volvió a su sitio. Alberta miró a su visitante.

—Acaban de telefonarme los de la «compañía de seguros» —manifestó—. No es la primera vez que me llaman, exigiendo el pago de la «cuota». Siempre me negué y en todo momento hice caso omiso de sus amenazas. Ahora acaban de darme un ultimátum.

—¿Qué le han dicho, exactamente?

—Tengo de plazo hasta las nueve de la noche. A las nueve me llamarán. Si continúo negándome a pagar, tendré que atenerme a las consecuencias.

—¿Sospecha lo que pueden hacerle si persiste en su actitud?

—No sé... Quizá una bomba... Hace poco le pusieron una a alguien que también se negaba a pagar. Su industria sufrió graves desperfectos...

Sharmax se pellizcó el labio inferior.

—Usted dirige una empresa de bastante importancia —dijo.

—Sí, la DeVere-Gibbs Chemical. Tenemos tres mil personas en plantilla —contestó Alberta con justificado orgullo.

—Una bomba... —murmuró él. De pronto, alargó la mano y levantó el teléfono. A los pocos momentos estaba hablando con un individuo—. ¿Eres tú, Jake? Sí, soy Sonny... Escucha, creo que hoy puede pasar algo en la factoría...

Sharmax escuchó durante unos instantes. Luego asintió.

—Muy bien, te veré dentro de quince minutos —finalizó.

Después del breve diálogo, se volvió hacia la joven.

—Deberíamos ir a la fábrica —propuso.

Alberta se puso en pie.

—No estoy dispuesta a someterme a los caprichos de unos desalmados —dijo enérgicamente—. Haré todo lo que sea, con tal de no ceder.

—Muy bien, entonces, guíeme usted a su fábrica.

Momentos más tarde, salían de la residencia. Alberta conducía personalmente.

—Deseo hacerle una pregunta, señor Sharmax.

—Hágala sin rodeos, por favor —accedió él.

—Ese tal Jake con el que ha estado hablando., ¿es algún confidente?

Sharmax sonrió.

—Le dije que necesitaba información y he empezado a situar mis peones en los puntos más adecuados —contestó.

—Creo que entiendo —dijo ella—. Me parece que hicimos un buen negocio al contratarle a usted —añadió.

—No cante victoria todavía; es prematuro. Pero todo llegará, eso sí puedo asegurárselo.

\* \* \*

Alberta aguardaba junto al coche, mientras Sharmax conversaba con un individuo grueso, bajito, de rostro redondo y expresión apacible. Al cabo de unos momentos, Sharmax regresó junto a la joven.

—Una bomba —confirmó.

—¿Dónde? —preguntó ella ansiosamente.

—No lo sé. Jake vio llegar a un tipo que le hizo recelar, el cual estuvo unos momentos en la oficina de personal. Sin duda, vino a solicitarle trabajo. Pero el hombre llevaba una cartera de mano a su llegada. Jake está seguro de que se fue sin ella.

—Entonces, ahí está la bomba...

—Seguramente. Una bomba cabe muy bien en una cartera de mano, pero, ¿dónde está?

Sharmax movió la mano circularmente, señalando el enorme complejo de la factoría.

—Hay sitios de sobra para esconder esa bomba —continuó—. Y basta un solo kilo de explosivo para producir una tremenda catástrofe.

Alberta pateó el suelo con furia.

—Entonces, ¿hemos de ceder? —dijo, encolerizada.

Sharmax consultó su reloj.

—Son ya las siete y media —manifestó—. Por tanto, disponemos de noventa minutos para buscar la bomba.

—Quizá la encontremos y sea ya demasiado tarde...

—Bueno, yo calculo que la llamarán nuevamente a la hora señalada. Si usted acepta, alguien tendrá que desactivar la bomba.

Alberta calló unos instantes

—Me parece que le entiendo —dijo al cabo.

—Sí —sonrió él—. Vamos a echar un vistazo a todo esto. Si no encontramos nada, cosa más que probable, usted contestará afirmativamente. Y alguien vendrá a desactivar la bomba y a llevársela. Con toda seguridad, un tipo que se olvidó de una cartera de mano.

—Es lo mejor —convino Alberta.

Echaron a andar, acompañados por Jake. Al dar la vuelta a un edificio, Sharmax divisó un helicóptero parado en una explanada.

—¿Qué hace ahí ese aparato? —preguntó.

—Lo utilicé yo esta mañana. Dije que se quedase aquí; tal vez mañana lo necesite de nuevo y así me ahorro el viaje al aeropuerto.

Sharmax hizo una señal.

—Jake, ven —dijo.

Los dos hombres se alejaron. Alberta les vio examinar el helicóptero minuciosamente. Veinte minutos más tarde, Sharmax regresó junto a la joven.

—Ahí no está la bomba —dijo.

—Creo que tendré que volverme a casa y aceptar sus condiciones, aunque solo sea nominalmente.

—Sí, en efecto. Una pregunta más, por favor. La factoría está en el lado Norte, ¿no es así?

—En efecto.

—Entonces, el sector Norte corresponde a los «patatas».

—Según la división que ellos acordaron, así es. Aunque luego los irlandeses han violado ese acuerdo...

—Muy bien, vuélvase a su casa y no se preocupe de más. Jake, tú te quedarás en la puerta, junto al teléfono. La señorita Alberta te llamará apenas haya recibido el aviso de los protectores. Y ya acordaremos la forma de que yo me entere...

—Entonces, ¿se queda, señor Sharmax? —preguntó la joven.

—Por supuesto. No deje de llamar a Jake apenas haya hablado con el tipo que le transmitió las amenazas.

—Desde luego —Alberta fijó la vista en el hombre, al que conocía desde hacía algún tiempo—. Jake, usted trabaja aquí... Ahora lo comprendo —sonrió ella—. Hasta luego.

Sharmax se volvió hacia el hombre, que iba vestido con el uniforme de los vigilantes particulares de la fábrica.

—Jake, por alguna parte debe de haber transmisores portátiles —dijo.

—Sí. Ven conmigo, Sonny.

Los dos hombres echaron a andar.

—¿Qué tal te van las cosas por aquí, Jake? —preguntó Sharmax.

—No puedo quejarme. Pero me gustaría ser jefe de Seguridad. Esta fábrica es terriblemente vulnerable... Ya ves, ahora solo estamos dos, yo y otro que cuida la entrada Norte. Miles de metros cuadrados de edificios e instalaciones enormemente valiosos, tanques con líquidos altamente inflamables... y solo dos vigilantes nocturnos. Por el día hay más, claro, pero la vulnerabilidad persiste en todo momento. Imagínate, hoy mismo ha entrado un tipo con una bomba y se paseaba como Pedro por su casa.

—¿Y tú no le dijiste nada?

—Claro que quise intervenir. Pero el jefe de vigilantes me mandó a otro sitio...

—El jefe, ¿eh? ¿Qué tal es, Jake?

Jake Thorne torció el gesto.

—Vigila tanto como un gato muerto el agujero de los ratones —contestó.

—¿Crees que puede estar en connivencia con ellos?

—No puedo asegurar nada, pero yo habría registrado su cartera, aunque fuese el mismo dueño de la fábrica. Esto que hay aquí no es seguridad ni nada que se le parezca...

Thorne se detuvo repentinamente y señaló un gigantesco tanque metálico, de casi treinta metros de altura por otro tanto de

diámetro.

—Ahí lo tienes —exclamó—. Es tricloro... Bueno, no sé; es un nombre químico muy complicado. Miles de metros cúbicos de un gas que se inflama solo con estornudar... Quieren ahorrarse unos cuantos salarios y luego ocurren catástrofes...

Sharmax sonrió al oír las quejas de su amigo, que le parecieron más que justificadas. Si aquel tanque estallaba, en efecto, podría producirse una terrible catástrofe.

Pero no había nada en las inmediaciones del colosal receptáculo. Sharmax decidió atenerse a su idea primitiva y dio instrucciones a su amigo. Thorne se mostró completamente de acuerdo con el plan ideado por el joven y le proporcionó un transmisor portátil de radio.

Antes de separarse, Sharmax le hizo una pregunta.

—Oh, no, no es el único tanque. Hay unos cuantos más y algunos de ellos subterráneos, con acceso por túneles de servicio...

—Muy bien, vamos a esperar que llegue el momento de la caza.

\* \* \*

A las nueve y dos minutos, sonó el teléfono en la garita de vigilancia. Thorne escuchó atentamente y luego llamó por radio a su amigo.

—Sonny, ella ha hablado ya con el hombre —informó.

—Enterado. Sigue ahí en tu puesto.

Transcurrieron cinco minutos. De pronto, un coche se detuvo frente a la entrada del complejo.

El ocupante se apeó.

—Hola, Jake. Olvidé algo al marcharme y vengo a buscarlo. Es un regalo para mi mujer, ¿sabes?

—Sí, señor Ewith.

El hombre atravesó la puerta que Thorne le había abierto. Thorne corrió a la radio inmediatamente.

—Sonny, ahí va Rod Ewith. Es el jefe de los vigilantes.

—Parece que tus sospechas se confirman, ¿eh? ¿Hacia dónde va?

Thorne miró a través de los cristales de su garita.

—Nordeste. Apostaría algo a que va al tanque subterráneo número cuatro. Casi frente a ti, Sonny.

—Bien, deja pasar treinta segundos y acércate. Lleva la pistola

en la mano, Jake.

—O. K., Sonny.

Mientras tanto. Ewith había llegado a una especie de caseta de cemento, cuya puerta abrió con una llave que extrajo de su bolsillo, pese al rótulo que había en la misma: PROHIBIDO EL ACCESO, EXCEPTO AL PERSONAL ESPECIALISTA. Volvió la puerta, tocó un interruptor y el túnel se iluminó en el acto.

Ewith descendió una escalera abierta en el mismo suelo. Avanzó veinte metros más y se inclinó hacia una cartera de mano que había en el suelo, junto a una enorme válvula de paso. Entonces oyó una voz en lo alto de la escalera:

—Señor Ewith, ¿quién le ha pagado por llevarse ese portafolios?

El hombre dio un salto. Al volverse hacia arriba, divisó a Sharmax en el tercer escalón superior.

—¿Qué... quién es us... usted? ¿Quién le ha dado permiso para... para entrar aquí?

—Y usted, ¿pertenece acaso al personal especializado?

—Soy el jefe de vigilantes...

—Eso no le autoriza para estar en este lugar. Señor Ewith, le hice una pregunta. Contéstela, por favor.

—No tengo por qué darle explicaciones de mis actos a un desconocido —respondió el sujeto altaneramente.

—Muy bien, usted se lo ha buscado.

Sharmax retrocedió, hasta hallarse situado en la puerta.

—Voy a cerrar —anunció—. Quizá usted quiera abrir desde dentro, pero bloquearé la cerradura con un simple puñado de tierra. Se divertirá mucho cuando estalle la bomba. Adiós.

## CAPÍTULO V

**S**ONARON unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Abra! ¡Por el amor de Dios, abra! —chilló Ewith—. Se lo diré todo...

Sharmax cambió una mirada con su amigo.

—Dio resultado—murmuró.

—Pero la bomba... —dijo Thorne, aprensivo.

—Ahora lo sabremos.

Sharmax abrió. Ewith, pálido, desencajado, con el rostro inundado por un sudor frío, apareció en el umbral.

—La... la bomba estallará dentro de... diez minutos... Yo no sé desarmarla...

—¿Quién? —rugió el joven—. ¿Quién le pagó por hacer este repugnante trabajo? ¡Hable o le meto ahí otra vez!

—Schultze...

—El nuevo jefe de los «patatas» —indicó Thorne en el acto.

—¿Sabes dónde vive?

—Si. Menuda casa tiene el tío; parece un palacio... Claro que estaba casado con la hija del jefe que asesinaron...

Sharmax meditó unos instantes. Luego, de pronto, sacó unas esposas y las puso en las muñecas del traidor jefe de vigilantes.

—Llama a Jefatura y di que vengan a buscarlo. Déjalo encerrado en tu garita y reúnete conmigo en el helicóptero —ordenó.

—Muy bien. Andando, tú —ordenó Thorne.

Por encima del hombro, añadió:

—¡Quedan menos de nueve minutos, Sonny!

—Lo sé —contestó Sharmax, a la vez que se lanzaba al subterráneo para recuperar la bomba y evitar una catástrofe. La explosión resultaría mucho más potente debido a los metros de

cemento protector que cubrían el tanque de líquido inflamable.

Las palas del helicóptero empezaban a girar cuando Thorne se reunió con el joven.

—Ya vienen a buscar a Ewith —anunció.

—Muy bien. Guíame a la casa de Schultze.

Thorne se acomodó en el asiento contiguo. A los pocos segundos, el helicóptero se remontó en el aire.

—¿Piensas bombardear a ese maldito «patata»? —preguntó, aprensivo.

En los labios de Sharmax se formó una sonrisa divertida.

—En cierto modo, quiero que se cumpla el refrán: «Donde las dan...». Pero lo verás enseguida. Vamos, indícame el rumbo, Jake.

—Sudoeste —dijo Thorne.

En aquel momento, se detenía un coche en las inmediaciones de la entrada. Un hombre se apeó y corrió hacia la garita. Al mirar a través de los cristales, vio a Ewith sentado en una silla y con las manos a la espalda.

Ewith le vio también.

—¡Me han descubierto! —aulló—. Sácame de aquí antes de que llegue la Policía...

—Imbécil —dijo el hombre.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un revólver de cañón corto y empezó a disparar.

Los chillidos de agonía de Ewith se confundieron con las detonaciones del arma y los estallidos de los vidrios que saltaron por los aires. Ewith cayó al suelo, revolcándose convulsamente, pero se quedó quieto a los pocos instantes.

Mientras, el helicóptero continuaba su vuelo. Thorne consultaba su reloj incesantemente, sintiéndose cada vez más aprensivo.

—Dos minutos, Sonny —dijo de pronto—. Vas a tener que lanzar la bomba al río... Está solo a cien metros...

—¿Cuántos quedan hasta la residencia de Schultze?

—Mil quinientos metros...

—Suficiente. Avísame cuando estemos en la vertical, Jake.

—Te juegas el puesto si algo sale mal, Sonny.

—La cabeza, en todo caso —rio Sharmax.

—No has mencionado la mía —se quejó Thorne.

Estaba sudando. Si la bomba explotaba en el helicóptero...

De repente, vio una casa rodeada por un extenso jardín.

—¡Ahí, esa es! —gritó.

Sharmax maniobró con el helicóptero, hasta situarse a diez metros por encima de la enorme piscina que formaba parte del conjunto de la mansión. Manteniendo al aparato inmóvil, abrió la portezuela y lanzó la cartera al agua. Inmediatamente, dio gas y el helicóptero se elevó raudamente.

Diez segundos más tarde, un colosal chorro de espumas subió a lo alto. Un par de hombres salían de la casa en aquellos momentos y quedaron completamente empapados por el líquido, que se dispersó a gran distancia.

Sharmax dio una vuelta completa sobre la casa. La piscina había quedado medio vacía. Al producirse la explosión cerca de una de las paredes, esta se veía agrietada y destrozados los mosaicos del recubrimiento. Toda la instalación eléctrica de la iluminación subacuática había sido destruida.

—Muy bien, ahora ya han recibido una buena lección. No la aprenderán, pero peor para ellos. Como dijo aquel, no hay peor sordo que el que no quiere oír.

—Sonny, hijo, voy a pedirte un favor, ¿quieres? No me hagas volar más contigo. Tengo el corazón de un buey joven, pero tú me lo destrozarías en dos días...

Sharmax se echó a reír.

—A partir de ahora, solo tendrás los disgustos propios de un jefe de vigilantes —aseguró.

\* \* \*

Con toda desenvoltura, cogió la botella y llenó una copa, mientras Alberta le dirigía una violenta filípica.

—Usted nos pide que actuemos dentro de la ley, pero no da ejemplo precisamente. Hizo lo que un jefe de Policía jamás debe hacer...

Tranquilamente, Sharmax tomó un trago y luego se volvió hacia la joven.

—Primero, salvé su fábrica de un desastre —dijo fríamente—. Segundo, el hecho de que les aconseje obrar dentro de la ley, no significa que yo deba actuar de la misma manera. Me concedieron carta blanca, recuerdo.

—Sí, pero no le autorizamos a bombardear casas particulares.

—Sabía que Schultze tendría una piscina en su casa. Ha denunciado el hecho, pero, ¿qué pruebas puede aportar? Un helicóptero desconocido le arrojó una bomba... Sabe de sobra lo que habría pasado si la bomba hubiese estallado en la válvula de paso del tanque subterráneo.

—Me lo imagino fácilmente —contestó ella con sequedad.

—Pero hay más. Su traidor jefe de vigilantes, al que yo había dejado esposado, fue acribillado a balazos, por la persona que debía recoger la bomba y desactivarla. Le taparon la boca...

—Un asesinato perfectamente estúpido. Sabemos ya quién ordenó poner la bomba.

—Sí, pero eso no nos sirve de nada, porque Ewith no lo podrá repetir en un juicio, que es lo que vale de veras.

—Está bien, ya pasó y no podemos actuar en sentido inverso.

—Lo haría, sin duda alguna, si pudiera.

—Créame si le contesto afirmativamente. Queremos que vuelva la paz, pero...

—Entonces, ¿retira su autorización para que actúe libremente?

—Señor Sharmax, me está usted poniendo en una situación verdaderamente incómoda —se quejó Alberta.

—No la entiendo. Usted quiere que acabe con los forajidos, pero, al mismo tiempo, quiere que me comporte... digamos civilizadamente. Por supuesto, no voy a salir a la calle disparando contra todo *gangster* que se cruce en mi camino, pero hay un término medio... Schultze tiene que callar, aunque haya denunciado el hecho. Ewith estaba en su nómina y ahora ha muerto. ¿Cree que insistirá en que se busque al piloto que bombardeó su piscina?

—No —dijo ella de mala gana.

—Además, recuerde: pedí tiempo. Ahora pude actuar, porque encontré a ese amigo en su factoría. Pero no tendré la misma suerte en otros lugares y necesito recopilar información. Un pistolero profesional ha desaparecido del mapa; he evitado una catástrofe en su fábrica... Para llevar menos de dos semanas en Plainsville, me parece que no es mala marca.

—De acuerdo —suspiró ella—. Siga con sus métodos.

—Gracias. Ah, y ahora una advertencia particular. Se refiere a usted personalmente.

—¿De qué se trata?

—Su factoría. Está pésimamente vigilada. Si quiere ahorrarse unos cuantos salarios, allá usted, pero un día tendrá una desagradable sorpresa, aunque no sea Schultze el causante. Hay decenas de millones invertidos en la factoría y puede perderlos todos por ahorrarse unos cuantos miles.

—Entonces, ¿cree que debo aumentar el personal de vigilancia?

—Sin duda alguna. Es más, voy a recomendarle un buen jefe de vigilancia. Se llama Jake Thorne y con él al mando, la DeVere-Gibbs Chemical estará tan segura como la Casa Blanca.

Alberta suavizó su gesto y sonrió.

—Lo haré —prometió.

Sharmax se dirigió hacia la puerta.

—Buenos días —se despidió.

—¡Aguarde un momento! —pidió Alberta.

Sharmax se volvió.

—¿Sí?

—Me gustaría... invitarle el domingo próximo a comer con nosotros, en mi residencia de la Sierra. Si no tiene otro compromiso, claro.

El joven sonrió.

—En todo caso, lo cancelaría —respondió.

\* \* \*

Estaba contemplándose frente al espejo y se pasaba la mano sucesivamente por el bigote, la perilla y la melena. Era poco serio, se dijo, y además, el pelo largo le daba mucho calor. De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Pase! —dijo.

Alguien abrió. Un hombre grueso, de rostro colorado y mandíbula cuadrada apareció en el umbral. Dos más quedaban en el corredor y Sharmax adivinó inmediatamente su profesión.

—Soy Schultze —se presentó el visitante.

Sharmax hizo un ademán.

—Entre —invitó.

—Vosotros, fuera —dijo Schultze. Y cuando uno de sus acompañantes hubo cerrado, se enfrentó de nuevo con el joven—. He venido en son de paz, jefe Sharmax.

—Lo sé. De otro modo, ya estaría muerto.

Schultze parpadeó.

—No lleva armas —observó.

Sharmax alargó el brazo izquierdo.

—Mire este reloj. En realidad, es una emisora de radio que puede enviar una señal a un disparador automático. Usted no la ve, pero hay una ametralladora encarada directamente a la puerta. Es más, según mueva el brazo en una u otra dirección, y mientras siga apretando el botón de contacto, la ametralladora girará en el sentido que yo desee, sin necesidad de tocarla y, por supuesto, disparando constantemente.

—Eso es... imposible.

—¿Quiere que hagamos una prueba? —Sharmax apoyó el índice en su reloj de pulsera—. ¿Probamos, John?

—¡No, rayos! —gritó el visitante—. Me conformo con su palabra...

—Bien, entonces, empiece a hablar.

—Sharmax, quiero que se vaya de Plainsville.

—Hombre, sí que es una buena idea. ¿Por qué? ¿Tal vez por la bomba que destrozó su piscina?

—Eso no tiene importancia. Además, usted conoce de sobra los motivos.

—Me pagan bien, John.

—Un salario de hambre —dijo el otro despectivamente.

—Apuesto algo a que ha venido a sobornarme —sonrió Sharmax.

—Cincuenta mil. Los tengo encima —declaró Schultze—. Tome ese dinero y váyase antes de que sea de noche.

Abrió su chaqueta y extrajo un sobre enormemente abultado.

—Aquí está el dinero...

—No lo quiero. Lléveselo.

Schultze apretó los labios.

—Le diré una cosa. Aprecio lo que hizo con el hombre que asesinó a mi suegro. Pero ya estamos en paz. No le debo nada. ¿Lo comprende?

—John, guarde ese dinero. No empiece a hincharme las narices. Soy terrible cuando me da la ventolera de pegar a la gente.

Schultze volvió a guardarse el sobre.

—Le pesará —se despidió secamente.

Sharmax no dijo nada, aunque se reía interiormente de la burla que había hecho al visitante, cuando le hizo creer en una inexistente ametralladora, accionada por control remoto.

Sin embargo, sabía que no era cosa de tomárselo a broma. Pese a su aspecto, que le hacía parecer un inofensivo comerciante, Schultze, nuevo jefe del «clan» de los «patatas» era un hombre muy peligroso.

Y, adivinó, terriblemente rencoroso.

## CAPÍTULO VI

AQUEL mismo día, horas más tarde, recibió otra visita.

El hombre era muy rubio, de ojos azules y aparentaba unos cincuenta años; bien conservado y de esbelta constitución, y vestido con gran elegancia.

Sharmax abrió la puerta. El visitante parpadeó.

—Dispense, me he equivocado. Creí que era la habitación del jefe de Policía —manifestó.

—Yo soy, caballero —respondió Sharmax cortésmente.

El hombre respingó.

—No puede ser —dijo.

Sharmax se pasó una mano por la cara.

—Me he afeitado por completo y cortado el cabello —declaró.

—Caramba, su aspecto varía de un modo radical...

—Por eso lo hice —sonrió Sharmax.

—Comprendo. Bueno, soy Sean McCoy. ¿Le dice algo mi nombre, señor Sharmax?

—Sí. Usted es el jefe del «gang» irlandés.

—Exacto. Mire, le seré franco. No niego que estamos en conflicto con los alemanes. Ambos bandos queremos la ciudad y estamos dispuestos a lo que sea para conseguirlo. Pero usted puede estropearnos el negocio.

—Admiro su clarividencia. Sean. Es que, ¿sabe?, me contrataron precisamente para eso...

—Sí, ya lo sé. Mire, le seré franco. Plainsville es una magnífica vaca lechera. Pero no puede tener dos vaqueros.

—Oh, comprendo. Solo uno debe ordeñarla.

—Exacto. Y usted podría meter un buen cazo en el cubo de la leche.

—¿De verdad?

—He dicho que iba a serle franco. Quíteme de en medio a esos malditos «patatas» y recibirá todos los días la visita del lechero. Es una metáfora, claro, pero usted ya me comprende.

—Sí, le comprendo. Sean.

—De momento, le he traído un cubo de leche... —McCoy sacó un sobre y lo dejó encima de una mesita—. Cincuenta mil, para abrir boca —sonrió.

Sharmax reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Voy a ver ese dinero...

Cogió el sobre y vio que había cincuenta billetes de mil.

—Esto marea —murmuró, mientras se acercaba a la artística chimenea que decoraba la estancia.

Estuvo unos segundos inmóvil y luego se puso en cuclillas. McCoy se alarmó:

—Eh, ¿qué va a hacer?

—No tema, hombre; voy a esconder el dinero.

—Ah, creí que...

Vuelto de espaldas al sujeto, Sharmax sonrió. Repentinamente, brilló una llamita.

McCoy tardó en ver el fuego algunos segundos. Cuando las llamas se propagaban, Sharmax ya no pudo ocultarlas con el cuerpo y se apartó a un lado.

Sonó un rugido de rabia.

—Maldición, no...

McCoy dio un salto hacia adelante. Una pierna se interpuso en su camino, tropezó y cayó cuan largo era. Antes de que pudiera levantarse, sintió en su cuello la irresistible presión de un pie.

Manoteó y dio puñetazos en el suelo, pero el pie de Sharmax le impedía levantarse. Los billetes ardieron totalmente en el hogar.

Sharmax se mantuvo en dicha posición hasta que solo hubo cenizas en la chimenea. Entonces, se apartó a un lado.

McCoy se puso en pie de un salto, rojo de cólera. Parecía haber enloquecido y metió la mano en el interior de la chaqueta. Sharmax le dejó que sacara la pistola.

Entonces, disparó su mano derecha, atenazó la muñeca del sujeto y ejecutó una seca torsión. McCoy lanzó un grito de agonía y cayó de rodillas, agarrándose el brazo con la mano izquierda.

—Mi brazo... Me lo ha roto... —gimió.

—Sí —contestó el joven, impasible.

Apartó la pistola de una patada, fue hacia la puerta y la abrió.

Los dos hombres que estaban en el corredor le miraron inquisitivamente. Sharmax movió la cabeza.

—El jefe se ha caído —dijo—. Creo que tiene un brazo roto.

Los hampones entraron a la carrera y levantaron a McCoy, que rugía y maldecía a voz en cuello. Sharmax se tapó los oídos con las manos.

—¡Qué lenguaje! —se escandalizó.

—Pero, ¿dónde está el jefe de Policía? —preguntó uno de los matones.

—Escapó, después de romperle el brazo al señor McCoy.

—Ah...

Sharmax cerró la puerta. Esperaba la reacción de los guardaespaldas de McCoy, pero no ocurrió nada. Aliviado, respiró y luego se sirvió una copa de coñac para celebrar el feliz final de la aventura.

Pero era solo el final de una etapa y no de la guerra, reconoció con amargo pesimismo.

\* \* \*

Tres días más tarde. Sharmax tuvo un inesperado encuentro.

—Ah, señor Sharmax —exclamó de pronto una mujer—. Cuánto me alegro de encontrarle... Precisamente iba a llamarle por teléfono, pero prefiero decírselo en persona...

—Señora, es un placer saludarla —contestó Sharmax. Había visto a la mujer la víspera y ella ya le reconocía con su nueva apariencia—. ¿En qué puedo serle útil, señora Thomas?

—Doy una fiesta esta noche. Me gustaría contar con su presencia, amigo mío.

—Asistiré, si no me lo impiden mis obligaciones...

—Haga lo imposible, se lo suplico.

—Procuraré asistir, señora.

—Ah, perdóneme, señor Sharmax. Olvidaba presentarle a un buen amigo, que ha llegado recientemente a la ciudad. Juan de Toledo, William Sharmax...

Los dos hombres se saludaron con gran cortesía. A Sharmax le

pareció vagamente conocido el rostro del acompañante de Betty, pero, en aquellos momentos, no lograba identificarlo.

—Español —sonrió.

—De Toledo, la ciudad cuyo nombre llevo orgullosamente —contestó el sujeto.

—Una maravillosa ciudad, creo.

—Única en el mundo, señor Sharmax.

—No lo dudo. Señora Thomas, ¿me dispensa? Tengo mucho trabajo...

—Pero no falte a la fiesta, se lo suplico encarecidamente.

Sharmax asintió. Betty y de Toledo subieron al Rolls-Royce que aguardaba en las inmediaciones, conducido por un chófer filipino. La alcaldesa, se dijo Sharmax, parecía haber sido conquistada por el noble español.

Pero él lo había visto antes en alguna parte y no precisamente en España, país en el que no había puesto los pies en su vida. Dejó de preocuparse cuando vio que se paraba un coche de patrulla junto a la acera.

—Jefe, hemos recibido un mensaje —informó el sargento White—. Como no sabía dónde encontrarle...

—¿Qué es, sargento?

—Acuda a la cabina telefónica de la esquina de las calles Veintidós y Lincoln. Alguien le llamará a las seis en punto, eso es todo.

—Gracias.

—Puedo llevarle en el coche, señor...

—Buena idea.

A las seis en punto, sonó el timbre del teléfono. Sharmax entró, escuchó unos instantes, colgó y salió fuera.

—¿Necesita que le lleven a alguna parte?

Sharmax se volvió. Alberta estaba en su descapotable, parada junto a la cabina telefónica.

—Pues... no, no llevo rumbo fijo... Estaba paseándome, pero tengo una hora de tiempo.

—Entonces, suba —invitó ella.

El coche arrancó a los pocos instantes.

—McCoy tiene un brazo enyesado —dijo Alberta.

—Se lo rompí yo.

—Le insultó.

—Era un insulto de cincuenta mil dólares.

—Y no aceptó, supongo.

—Quemé los billetes. Le supo mal, sacó su pistola y le partí el brazo.

—Sí, es usted Billy el Rápido. ¿O le gustarla mejor el Destructor?

—Lámeme como guste. Era el segundo insulto del día.

—¿Cómo?

—Schultze había estado dos horas antes. También me ofreció una suma análoga.

—Comprendo. Es usted un héroe. No todos se habrían resistido al soborno tan fácilmente —dijo Alberta.

—Se equivoca. Me resultó muy difícil. Soy pobre.

—Pero honrado.

—Hasta ahora.

Ella respingó.

—¿Quiere decir que si le ofrecen más dinero, podría ceder?

—Depende de la cantidad, claro.

—¿Cuánto, por ejemplo? —preguntó Alberta rígidamente.

—Bueno... pongamos diez millones...

—¡No se los darían!

—Por eso.

La joven le miró un instante.

—Estaba bromeando —dijo.

—Si, pero ellos no bromean. Harán todo lo posible por quitarme de en medio.

—Y lo dice tan tranquilo...

—Mujer, no me voy a echar a llorar. Además, para eso me contrataron, ¿no?

—Bueno, un policía, es evidente, ha de correr ciertos riesgos pero siempre conviene un mínimo de prudencia...

—Soy de lo más prudente que puede imaginarse. Pero eso no siempre resulta seguro. En fin de todos modos, acepté y debo atenerme a las consecuencias —declaró él tranquilamente.

—Tenga cuidado. No se arriesgue en exceso.

—Gracias. Oiga, querría hacerle una pregunta.

—Si conozco la respuesta...

—Probablemente. ¿Quién es el guapo acompañante de la

alcaldesa?

—Ah, el señor de Toledo... Tengo entendido que es un caballero español, accidentalmente en el país... pero no sé mucho más.

—Salvo que a ella le gusta el tal caballero.

—Bueno, Betty está libre, es aún joven, atractiva...

—Y rica. ¡Buen bocado para el hispano! —rio Sharmax.

—No sea mal pensado. Juan de Toledo es un verdadero señor.

—Ah, lo ha tratado usted... Y a mí que me parece conocido...

—¿De veras?

—No puedo asegurarlo. Ah, pare, por favor. Tengo que apearme. Alberta detuvo el coche.

—¿Irás a la fiesta de Betty?

—¿Sabe ya que me ha invitado?

—Sí, me lo dijo ella hace unos minutos.

—Temo que me será imposible. Tengo un trabajo entre manos. Ella se sintió curiosa.

—¿Qué trabajo? —preguntó.

—Mi Servicio de información empieza a funcionar. Hoy a las siete, piensan asaltar Río Bravo, un local propiedad de los «chinchas».

—Entiendo. Usted va a impedirlo...

—Es mi obligación.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Alberta exclamó:

—Le acompañaré, señor Sharmax.

—¿Eh? —se sobresaltó él—. ¿Qué está diciendo?

—Soy el Comisionado de Policía. Quiero presenciar su actuación. Puedo hacerlo. Incluso es mi obligación. Y no le permitiré que me rechace.

—Morbosa, ¿eh?

—Curiosidad, jefe Sharmax.

—De acuerdo. Con dos condiciones: cámbiese de ropa, una blusa oscura, pantalones... y no haga nada, si yo no se lo indico. En tal caso, dese a conocer y saque su autoridad a relucir.

—Acepto. Son dos condiciones perfectamente realizables —contestó la joven.

\* \* \*

Cuando entraron en el Río Bravo, la animación era más bien

escasa. Había apenas media docena de clientes y las camareras parecían almas en pena. Aunque no se podía decir que estuviesen desnudas, su indumentaria hizo sonrojarse a Alberta, poco habituada a tales ambientes. Sharmax lo notó, pero evitó cuidadosamente todo comentario sobre el particular.

Faltaban todavía algunos minutos para las siete. Sharmax se acercó a la barra, acompañando a la joven. Una camarera cuyo vestido, en la parte superior, era completamente transparente, les sirvió dos vasos altos, llenos de un líquido ambarino y adornados con hojas de menta.

Sharmax tomó un sorbo. Luego miró a la *barman*:

—Llame al dueño, por favor —pidió.

—Sí, al momento.

Un hombre grueso, de mediana estatura, con doble papada, se presentó casi en el acto.

—Soy Renner —se presentó.

—Le llamé antes por teléfono —dijo el joven—. Mi nombre es Sharmax.

—Ah, el Solitario —sonrió Renner.

—¿Cómo?

—Le llaman así en la ciudad; la culpa no es mía...

—Bien, no siga, señor Renner. ¿Está absolutamente seguro de que su teléfono no ha sido intervenido?

—Por completo, señor Sharmax.

—Muy bien, ya sabe lo que le dije —el joven consultó su reloj—. Faltan dos minutos. Empiece, por favor.

Renner asintió y se marchó. Alberta miró a Sharmax inquisitivamente.

—No sé qué ha hablado con el dueño...

—Lo hice. En su propia casa y mientras usted se cambiaba de ropa.

—Y ha acordado un plan con Renner.

—Sí, exactamente.

—¿Puedo saber en qué consiste?

Sharmax señaló el salón, ya vacío, con un amplio ademán.

—Acabamos de ponerlo en práctica —contestó.

Alberta se desconcertó. Antes de que pudiera decir una sola palabra, media docena de tipos mal encarados entraron en el local.

## CAPÍTULO VII

**L**OS recién llegados irrumpieron violentamente. Uno de ellos lanzó un fuerte grito:

—¡Alto! ¡Policía! ¡Que nadie se muev...!

Al ver el salón prácticamente vacío, se interrumpió, estupefacto.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? —gruñó.

—¿Decía algo, caballero? —preguntó Sharmax.

El hombre reaccionó y se le acercó, caminando a grandes zancadas.

—Policía —repitió—. Venimos a cerrar el local.

—Pues... la verdad, casi no hace falta... Diríase que el dueño lo ha hecho antes que ustedes... ¿Por qué cierran, amigo?

—Orden judicial, es todo lo que puedo decirle. Hagan el favor de marcharse.

Sharmax cambió una mirada con la joven.

—De modo que policías, ¿eh? —dijo.

—¿Lo duda? —preguntó el otro belicosamente.

—Oh, por favor... ¿Quién podría dudar de que hay policías en este local? Por ejemplo, la dama que me acompaña, Alberta DeVere-Gibbs, Comisionado de Policía, y yo mismo, William Sharmax, jefe de Policía.

La cara del sujeto perdió en el acto todo su color. Sharmax se volvió hacia la joven.

—¿Tiene que decir algo, señora? —consultó con exquisita cortesía.

—Sí —respondió ella, entendiendo el sentido de la pregunta—. Creo que la ley castiga a los que se atribuyen la condición de policía, sin serlo.

—Sí, señora, en efecto; y con penas de hasta un año.

—Un momento —dijo el hampón—. Creo que hay... un malentendido... Solo pretendíamos gastar una broma al dueño... Es un buen amigo y...

—Ya es tarde para disculpas —cortó Sharmax fríamente—. Mire hacia atrás, alemán.

Eric Wackenburg se volvió en redondo. Media docena de hombres de uniforme, capitaneados por el sargento Millman, acababan de entrar en el local, pistola en mano. Wackenburg estaba a punto de echarse a llorar.

Sharmax se inclinó hacia la joven y le dijo algo al oído. Alberta hizo un gesto de aquiescencia.

—Sargento —llamó.

—Sí, señora —contestó Millman.

—Llévese a estos hombres y enciérrelos. Pero antes, regístrelos minuciosamente, aquí mismo.

Millman asintió. Cinco minutos más tarde, ponía encima de una mesa seis placas de policía y seis revólveres.

—La acusación es falsificación de insignias y de personalidad y uso de armas sin licencia —dijo Alberta—. Comuníquesele inmediatamente a la juez Webster, sargento.

—A sus órdenes, señorita.

El salón volvió a quedar vacío. Sharmax levantó su vaso.

—Ha sido una actuación perfecta —calificó.

—Pero usted me ha decepcionado —contestó ella.

—¿Acaso pensaba que iba a esperarlos con dos revólveres a la cintura, como cuando intentaron destruir el otro local? Aquello fue una simple demostración de lo que podía hacer. Hoy he querido demostrar que tengo algo entre el pelo y la barbilla.

—Sí, ha estado bien —admitió ella pensativamente—. Pero, ¿qué pretendían hacer?

—Es bien sencillo. Una vez vacío el local lo habrían destrozado todo y...

Renner se les acercó en aquel momento.

—Gracias, señor Sharmax. Me ha librado usted de una buena —dijo.

—Dele las gracias a la Comisionado de Policía. Ella es la que ha hecho todo —contestó el joven.

—Señora, no sé qué decirle...

Alberta se apeó del taburete.

—Ya ha dicho bastante, no siga, por favor.

Echó a andar, pero Sharmax se retrasó unos instantes.

—Renner, ¿cuánto le piden?

—Ya pago quinientos semanales —contestó el aludido sombríamente—. Ahora querían subirme el cincuenta por ciento y me negué.

—Siga así —aconsejó Sharmax.

Cuando llegó a la calle, Alberta estaba ya en el coche. Sharmax se sentó a su lado.

—Parece molesta —observó.

—No me gusta adornarme con plumas ajenas. Todo lo hizo usted, salvo unas órdenes que di y por su consejo. ¿Cree que me gusta ufanarme de algo que no he hecho?

—Sospecho que no me ha entendido —dijo él—. Yo no trataba de concederle a usted méritos, sino de hacer que la gente sepa que su Comisionado de Policía es algo más que una mujer joven y rica. Así se enterarán de que las personas que fueron elegidas son realmente las que desean tener al frente de la ciudad.

Alberta remoloneó un poco.

—Usted sabe ver más lejos que yo —admitió de mala gana.

—Este asunto tenía dos soluciones: la violenta, a tiro limpio, o la legal. Ellos, además, facilitaron las cosas, presentándose como policías. Nadie lo hubiese dudado, de no haber estado nosotros presentes. El local se hubiese vaciado y ahora sería una pura ruina. Y ahora, seis matones de Schultze están en la cárcel, esperando el juicio que les tendrá un año apartados de la circulación. ¿No le parece una solución mucho más satisfactoria?

—Tienes razón —suspiró la joven—. Nada como la ley, para solucionar determinados conflictos.

—Celebro que haya sabido verlo así —contestó Sharmax.

Sharmax sonreía a la mañana siguiente, mientras leía el diario local, en cuya primera página y en grandes titulares, se relataba la hazaña de Alberta, que había reducido a seis peligrosos hampones, sin más que su presencia, arrestándolos solo con breves, pero sustanciosas órdenes y enviándolos a los calabozos policiales, en donde iban a esperar el momento del juicio. También se le mencionaba a él, pero casi de pasada, prácticamente, como un

espectador de suceso.

Todo el mérito se atribuía a la joven. Sharmax esperaba que ella supiese comprenderlo.

El juicio de los hampones se celebraría la semana próxima. La juez Webster había denegado la fianza.

—No puedo permitir que salgan a la calle antes de ser juzgados, unos tipos que se presentaron como falsos policías. He de proteger a los ciudadanos —había declarado al periodista que la interrogó aquella misma noche del suceso.

Después de desayunar, Sharmax se entregó a la tarea de hacer unas cuantas llamadas telefónicas, todas ellas de larga distancia. Cuando terminó, eran cerca de las once.

Entonces decidió salir para darse una vuelta por su despacho. En el ascensor se encontró con un rostro conocido.

—Pero si es nuestro buen jefe de Policía —exclamó de Toledo—. Qué feliz casualidad...

—Puesto que nos hospedamos en el mismo hotel, ya no es tanta casualidad —sonrió el joven—. ¿Va de excursión? —preguntó, reparando en la indumentaria deportiva de su interlocutor.

—Sí, Betty... perdón, la señora Thomas me ha invitado a hacer unos cuantos «sets» de tenis, antes del almuerzo.

—Oh, una mujer muy hermosa, señor de Toledo.

—Y con un corazón maravilloso, señor Sharmax. Por cierto, he leído los periódicos. Usted y la señorita DeVere-Gibbs hicieron anoche una tarea magnífica. Limpiar la ciudad, esto es lo que conviene, sí, señor.

—Gracias, pero lo hizo ella. Yo me limité a seguir sus instrucciones y acompañarla, como medida de protección, eso fue todo.

El ascensor había llegado ya a la planta baja. De Toledo se despidió del joven y cruzó el vestíbulo con paso rápido.

Sharmax se acarició el mentón pensativamente.

—¿Dónde diablos he visto yo esta cara antes de ahora? —se preguntó una vez más.

Como no encontraba la respuesta, salió a la calle. En aquel instante, vio que se acercaba un coche blanco y negro.

—Tengo un mensaje para usted —dijo el sargento Millman.

Sharmax abrió la portezuela y se sentó junto al policía.

—Adelante —invitó.

—Ha llamado un amigo suyo, que se identificó como Joe Ambar. ¿Lo conoce?

—Sí. Es una contraseña acordada... ¿Qué le ha dicho?

—Hay un turista en camino. El nombre es Mel Finney.

—¡Finney! —respingó el joven.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Millman, curioso.

—Me gustaría conocer el nombre auténtico. Al sí le conozco. Trabajamos juntos en el cine.

—Oh...

—Siempre le tocaban los papeles de malo. Pero un día, el productor se enteró de que era un «malo» auténtico y lo despidió.

—¿Debo suponer que es un asesino profesional?

—Finney es capaz de matar una mosca a veinte pasos de distancia. No es metáfora para expresar su puntería: yo lo he visto y solo falla una mosca de cada veinte —contestó el joven sombríamente.

Millman fue a decir algo, pero, en aquel momento, se oyó la señal de llamada. Millman descolgó el micrófono.

—Central a todas las unidades. Atraco en el Banco Comercial, calle treinta y dos, esquina a la Segunda Avenida, ha funcionado la alarma silenciosa. Se recomienda no utilicen las sirenas. Son tres hombres armados.

—Coral Cinco a Central. Enterado —dijo Millman—. Jefe, tendrá que permitirme que acuda a la llamada.

—Estamos aquí para eso —contestó Sharmax—. Pero, aunque conozco poco la ciudad, me parece que el Banco está a la vuelta de la esquina.

—Una manzana más adelante, señor.

El coche se separaba ya de la acera. Sharmax levantó una mano.

—Aguarde, sargento. Dé la vuelta. Llegaremos al Banco por la calle Treinta y tres.

—Pero...

—Haga lo que le he dicho.

Sharmax se volvió. Atrás, sujeto adecuadamente, había un fusil automático. Estiró el brazo, soltó las correas y comprobó la carga.

—Jefe, ¿sospecha que pueda ser una trampa?

—Un atraco demasiado oportuno para ser algo auténtico —

contestó el joven

\* \* \*

El coche se detuvo en la calle indicada y sus dos acompañantes se apearon en el acto. Sharmax, con el rifle en las manos, corrió hacia la esquina.

Todo parecía tranquilo. Los atracadores, pensó, debían de estar aún en el Banco. Llegaban algunos coches de policía, que se detenían en las inmediaciones, y sus ocupantes descendían con la mayor cautela.

Protegido por un puesto de periódicos, Sharmax alcanzó la esquina. En aquel lugar, nadie se había dado cuenta aún de lo que sucedía. Sharmax se asomó cautelosamente y escrutó el edificio frontero al del Banco.

Tenía cuatro plantas y la terraza estaba protegida por un parapeto. De pronto, vio un bulto oscuro que asomaba fuera del borde.

Millman estaba a su lado.

—¿Ve algo, señor?

—Hay un tirador en la casa situada frente al Banco. Estamos demasiado cerca de mi hotel para que no sospechase se trata de una trampa.

—Demonios —respingó el sargento.

—Me vigilaban. Alguien me vio salir. El tirador, supongo, estaba ya en posición. Naturalmente, calcularon que yo oiría la llamada de emergencia y que acudiría en el acto. Bien, sargento, ¿se atreve a cazarlo?

—Haré lo que usted me ordene, señor —respondió Millman

Sharmax meditó unos instantes. Luego entregó el rifle a su acompañante.

—Voy a salir —anunció.

—Pero, jefe, se la juega...

—Confío en usted. El tirador ha de sacar el rifle. Todavía no lo ha hecho y necesitará algunos segundos para seguirme con la mira, antes de disparar. Avíseme cuando haya tomado puntería.

Millman inspiró con fuerza.

—De acuerdo.

Sharmax abandonó el refugio segundos después y caminó

tranquilamente hacia el Banco. Cuando llegaba a las inmediaciones, oyó una detonación.

Saltó hacia adelante, se tiró al suelo y rodó un par de veces, por si Millman había fallado el tiro. Pero al incorporarse sobre un codo, comprobó que las precauciones sobraban.

La gente chilló. Doblado sobre el parapeto, con los brazos colgando en el vacío, había un hombre.

Los brazos se balanceaban todavía y un hilo de líquido rojo fluía de su frente y caía a la calle. Los transeúntes, asustados, corrían y chillaban. Sharmax se puso en pie.

Millman se le acercó, sonriendo.

—Es usted el tipo más... ¿lo digo, jefe?

—¿Por qué no, si eso le va a desahogar? —contestó Sharmax—. Pero vamos a ver qué ha sido del atraco.

White llegó en aquel instante.

—Fue una falsa alarma —informó—. Por lo visto, un empleado tocó inadvertidamente el timbre de alarma, conectado con Jefatura...

—Sargento, investigue a ese hombre —ordenó el joven—. Puede que no lo haya hecho tan inadvertidamente como asegura.

—Bien, señor. —White lanzó una mirada al sujeto que aún seguía doblado sobre el parapeto—. Iban a por usted, parece —añadió.

—Sí, seguro, sargento.

Millman se alejó hacia la casa donde se hallaba el cadáver. Sharmax encendió un cigarrillo.

Se volvió de espaldas a los policías que le contemplaban. No quería que viesen el temblor de sus manos.

## CAPÍTULO VIII

—**H**E leído los periódicos y he oído las noticias de la radio y la televisión —dijo Alberta por teléfono.

—Entonces, ya está enterada de lo que sucede.

—Por supuesto. Le felicito, señor Sharmax. Nunca se había visto un hombre tan valiente.

—No haga caso de lo que escriben los periodistas. En mi vida he pasado más miedo.

—Se ofreció como blanco, para que el sargento cazara al asesino...

—Hombre, claro, no iba a hacerlo al revés. Millman es casado y tiene tres niños.

—Ha sido un comportamiento heroico. Me siento orgullosa de usted.

—¿Cómo ha dicho? —respingó Sharmax.

—Ya lo ha oído. Y no creo que tuviese miedo.

—En eso se equivoca. No digo que me castañeteasen los dientes... pero sí me temblaban las manos, cuando después quise encender un cigarrillo.

—¿Habla en serio? —se sorprendió ella.

—Absolutamente.

—Pues yo diría... Entonces, ¿por qué lo hizo, hombre?

—Era mi deber.

—¿Cree que su deber consiste en jugarse la vida sin más?

—Señorita, es preciso demostrar a esos tipos que no se van a salir con la suya y que todo lo que hagan será inútil. Su pistolero está muerto y así sabrán que han perdido el tiempo. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, pero, ¿se sabe quién lo había pagado?

—Podría decirle ¿qué más da?, pero creo que lo sabremos antes de que acabe el día. El empleado de Banco que hizo sonar la alarma, tenía mil dólares en el bolsillo y no faltaban de la caja, según el arqueo que se ha hecho a continuación. Eso significa que alguien le sobornó, como complemento de la trampa que me habían tendido.

—Comprendo. Supongo que ese tipo está detenido.

—Sí. Grays se encarga del interrogatorio. Así sabremos si le pagaron los «patatas» o los «chinchés». Pero, en el fondo, ¿qué importa?

—Tiene razón. Lo que importa es devolver la tranquilidad a Plainsville. Y hablando de tranquilidad, ¿cuándo viene a pasar un fin de semana en mi casa de la Sierra?

—Quizá en esta misma semana... si mis obligaciones me lo permiten. Pero no sé el camino...

—No se preocupe; le enviaré un mapa. Buenas noches, Sonny.

Sharmax miró el teléfono con aire de asombro.

—Me ha llamado Sonny —exclamó.

\* \* \*

Estaba cenando tranquilamente en un discreto restaurante, cuando, de pronto, se sentó un individuo frente a él.

—Hola —dijo el hombre—. Me llamo Irving Calloway.

—No le he invitado a sentarse a mi mesa —contestó Sharmax secamente.

—Descuide, no voy a cenar. Solo quiero hablar con usted. Por si no lo sabe, le diré que soy el segundo de a bordo del clan irlandés.

Sharmax miró fijamente al sujeto. Era joven, poco mayor que él, bien parecido y de ojos muy azules. Pero su sonrisa le pareció la de un perro de presa.

—Adelante, Calloway —dijo al cabo.

—El jefe no puede venir, supongo que conoce los motivos. Le habría gustado entrevistarse personalmente con usted.

—A lo mejor, iba a pedirme perdón por haber contratado al pistolero que murió hace cuatro días —dijo Sharmax, irónico.

—No fuimos nosotros. Ese maldito empleado de Banco mintió.

—Bueno, tanto da... Si de mí dependiera, les metería a todos en un saco y los arrojaría al mar. En todo caso, el que pagó al asesino

perdió unos cuantos miles de dólares. Pero siga, siga, Irving.

Calloway se rascó la mejilla.

—Verá, el jefe se da cuenta de que actuó demasiado impulsivamente, sin discreción, y quiere arreglar ese desliz...

—¿Por cien mil, ahora? —rio el joven.

—Podría ser una cifra mucho más alta, Sharmax.

—¿Qué he de dar a cambio de esa cifra?

—Tolerancia. Cerrar los ojos, por ejemplo.

—Hay algo que no les interesa que vea, ¿eh?

—Las cosas marcharían mucho mejor en Plainsville si solo hubiese un clan. Nosotros, claro. Rebajaríamos los impuestos... incluso abandonaríamos la idea de apoderarnos del sindicato...

—En suma, «suavizarían» su comportamiento, pero solo después de haber eliminado a los alemanes.

Calloway sonrió de una forma peculiar.

—Cuando dijo cien mil se quedó corto —murmuró.

—Irving, ¿sabe lo que estoy pensando?

—Dígamelo, por favor. No soy adivino.

—Pero yo sí. Ustedes, en efecto, estarían dispuestos a pagarme una buena suma, por mi tolerancia. Pero luego encontrarían el modo de que se descubriese el soborno. Esos pagos nunca se hacen en cheques, sino en billetes... y ustedes tomarían la numeración, para poder acusarme sin lugar a dudas.

Calloway se puso rígido.

—Está achacándonos ideas que no sentimos en absoluto —contestó.

—Muy bien, no las sienten, pero usted no puede evitar que piense de esa manera. Y como el pensamiento es libre, usted no puede impedirme...

—¡Basta! —cortó Calloway fríamente, a la vez que se ponía en pie—. Le he hecho una oferta y es la última.

—Mel Finney es más barato que yo —contestó Sharmax incisivamente.

—¿Finney? No le conozco —dijo el otro, desconcertado.

«Entonces, lo ha contratado Schultz», pensó Sharmax.

—No se preocupe, era solo un comentario. Irving, no hay trato —dijo en voz alta.

—Muy bien. Eso ha sido todo. Adiós.

El sujeto se marchaba ya, cuando Sharmax llamó su atención.

—¡Irving!

Calloway se volvió.

—¿Sí?

—Diga al camarero que me traiga bicarbonato. Esta conversación me ha estropeado la cena.

Calloway lanzó un bufido y se dirigió hacia la puerta. Sharmax sonrió y se dispuso a tomar una copa de vino.

En aquel instante, un coche, largo, negro, se detuvo ante el restaurante. Sharmax presintió lo que iba a suceder.

Un hombre se apeó del vehículo, justo en el momento en que Calloway llegaba a la puerta. Fríamente, sin demostrar la menor emoción, el hombre apuntó con su pistola al irlandés.

Calloway gritó. Los estampidos apagaron su voz.

Mientras la víctima caía al suelo, el asesino, tranquilamente, giró sobre sus talones y se encaminó al coche que le aguardaba a poca distancia. Entonces, sonó la voz de Sharmax en la ventana de local:

—¡Alto! ¡Policía!

El pistolero se volvió vertiginosamente. Disparó una vez, pero lo hizo con demasiada precipitación.

Sharmax le metió una bala en el estómago. El conductor del vehículo pisó el acelerador a fondo. Sharmax apuntó a una de las ruedas y la deshinchó de un balazo. Luego se lanzó a través de la ventana.

Rodó un par de veces sobre sí mismo, mientras el coche se estrellaba contra otro estacionado en las inmediaciones. El conductor se apeó y quiso huir.

—¡Quieto ahí o te abraso!

El hombre se paró instantáneamente, con las manos en alto. Por encima del hombro vio a Sharmax parado a poca distancia, el revólver sujeto con ambas manos, ligeramente encorvado y los pies separados.

—Me rindo —dijo simplemente.

Sharmax le esposó con gran rapidez.

—Oiga, yo no sabía que ese tipo iba a cometer un asesinato. Me dijo que venía a saludar a un amigo... —se disculpó el conductor.

—¿Crees que habrá alguien que se trague esa fábula? —dijo

Sharmax irónicamente.

Un coche de patrulla se acercaba con gran estrépito de sirenas. Sharmax se acercó al pistolero, que continuaba sentado en el suelo, con las manos en el vientre.

—No lo vas a pasar bien, suponiendo que lo «pases» —dijo intencionadamente.

Luego miró a Calloway. Ya no se podía hacer nada por el individuo.

—Has tenido el mismo fin que deseaste para otros —murmuró.

\* \* \*

La semana había sido bastante movida y decidió tomarse un pequeño descanso. Cuando llegó al lugar donde Alberta tenía su residencia, en la Sierra, se quedó estupefacto.

En la casa se notaba claramente la mano de un arquitecto que conocía bien su oficio. Armonizaba por completo con el paisaje circundante y no solo no lo hería, sino que era un perfecto complemento de las tierras y los árboles que la rodeaban.

A poca distancia, un arroyo se desplomaba desde una veintena de metros de altura, corría rápidamente por una empinada ladera, entre peñascos, y se remansaba frente a la casa, a menos de cien metros, en un ancho estanque de aguas absolutamente transparentes. El arroyo, en algunos puntos, se hacía demasiado ancho y había un puente de madera que permitía cruzarlo sin dificultad.

La casa tenía una enorme terraza, en balcón voladizo, que avanzaba sobre la ladera en que se hallaba emplazada. En algunos lugares, los árboles alcanzaban alturas de más de veinte metros. Sharmax divisó un par de sombrillas de alegres colores sobre la terraza.

Alberta se acercó al parapeto y agitó la mano.

—¡Veo que ha sabido encontrar el camino! ¡Bien venido, Sonny!

El joven se apeó. Un atildado mayordomo llegó y se hizo cargo del coche.

—Llevaré su equipaje a su habitación, señor —dijo.

—Gracias.

Sharmax encontró una escalera exterior que permitía el acceso a la terraza. Alberta salió a su encuentro.

Parecía una mujer enteramente distinta. Ahora vestía una blusa de color crema y «shorts» blancos. El pelo, ordinariamente tirante y peinado en un redondo moño, estaba suelto, libre, y caía en cascada sobre sus hombros.

—¿Debo decir «al fin»? —sonrió, a la vez que le tendía una mano.

—Diga lo que quiera, porque yo me he quedado sin habla —contestó Sharmax—. Esto parece un sueño, se lo aseguro.

—Fue obra de mi padre y de un arquitecto amigo. Me agrada que le guste, Sonny. ¿Quiere tomar algo o prefiere asearse en su habitación?

—Aceptaría con placer una taza de café, señorita.

Alberta asintió, cruzó la terraza, llamó a alguien y regresó junto al huésped.

—Realmente, la casa no está lejos de la civilización, pero sí en un paraje solitario —dijo—. Yo regreso a Plainsville como nueva; aquí vengo, en especial cuando tengo graves problemas...

—¿Usted, problemas? —se asombró Sharmax.

—¿Cree que mi vida es un camino de rosas?

La doncella vino con el servicio de café, lo dejó sobre una mesa y se retiró. Alberta llenó dos tazas.

—Tengo más preocupaciones de la que cree, y ello sin contar con el cargo público que ostento —continuó la joven—. Papá está delicado de salud y no puede ocuparse de la empresa. Yo tengo que hacerlo en su lugar y eso me hace sudar en más de una ocasión.

—Estoy seguro de ello, pero... me parece que su empresa debe ser algo complicado de dirigir...

—Sonny, sepa usted que me gradué en Economía en Harvard y he estudiado dirección de empresas. No estoy al frente de la nuestra solo por ser la hija de mi padre. Papá no le habría entregado la dirección a una persona incompetente.

—Oh, me lo imagino... ¿Están sus padres aquí?

—No. Papá ha tenido que internarse en un hospital de Los Ángeles. Estará una semana más o menos, para que le hagan los últimos reconocimientos.

—¿Es grave la enfermedad?

Alberta se puso seria.

—Cuando salga del hospital sabremos si puede volver a dirigir la

empresa... o debe pasar sus últimos días lo mejor posible —contestó.

—Lo siento —dijo él—. Deseo de todo corazón que se cumpla la primera posibilidad.

—Gracias. Yo también lo espero así, Sonny.

Alberta dejó su taza a un lado y le ofreció cigarrillos. Sharmax encendió uno.

—He leído las noticias sobre la muerte de Calloway —dijo ella.

—La guerra continúa —contestó Sharmax amargamente.

—¿No se puede hacer nada todavía?

—Solo empleando la violencia y es una solución a la que no me gustaría recurrir. Pero mientras no tenga todos los datos en mis manos...

—No se desanime, todo llegará —sonrió ella—. Calloway murió, pero usted detuvo al asesino y a su cómplice.

—El asesino ha muerto esta misma mañana. No quiso declarar quién le había ordenado asesinar a Calloway.

—Los alemanes, sin duda.

—Pero no hay forma de probarlo. El conductor del coche insiste en que no sabía que su amigo fuese a matar a Calloway. ¿Cómo demostrar lo contrario?

—Bien, ya acabará todo —dijo Alberta—. De momento, quítese esas preocupaciones de la cabeza y disfrute a fondo de este fin de semana.

Sharmax volvió a contemplar el panorama y sonrió.

—Vale la pena intentarlo —contestó.

## CAPÍTULO IX

**E**STABA tumbado al sol, por la mañana, al día siguiente, sobre una hamaca, llenándose los pulmones de aire puro. Tenía los ojos cerrados y la mente en blanco. Empezaba a relajarse, después de tantos días de tensión.

De pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

—Eh, ¿no le gustaría bañarse en el estanque?

Sharmax continuó en la misma postura.

—En estos momentos me gustaría estar así cosa de cien años... o ciento uno y seis días...

Alberta se echó a reír.

—Sí, a veces uno piensa cosas semejantes —convino.

—¿Dónde ha estado esta mañana? No la he visto.

—Tenía un poco de trabajo atrasado y lo he puesto al día.

—Y viene aquí a descansar.

—Bueno, a veces, ese trabajo resulta mucho más agradable en estos parajes. Bien, ¿viene a bañarse o no?

Sharmax se incorporó. Alberta estaba frente a él, en traje de baño, con una toalla al brazo.

Disimuló su sorpresa. Deliberadamente o no, Alberta vestía de un modo que no hacía resaltar sus formas. Siempre le había parecido poco menos que asexual, pero ahora veía que era una mujer en toda la extensión de la palabra. No había exuberancias en su espléndida silueta, pero las curvas que el traje de baño subrayaba eran netamente femeninas.

Alberta sonrió, porque se daba cuenta de la admiración que había despertado en su huésped.

—Cámbiese —dijo—. Le espero.

—Muy bien, ahora mismo.

Diez minutos más tarde, bajaban por un sendero hacia el estanque, cuyo diámetro no medía menos de sesenta o setenta metros. Alberta se dirigió a un saliente rocoso, sobre el cual se había situado un trampolín, juntó las manos y se lanzó de cabeza al agua, sin vacilar.

Sharmax dejó la toalla a un lado y se zambulló también en el estanque. Apenas se habían cerrado las aguas sobre su cuerpo, creyó que le cortaban con mil afilados cuchillos. Emergió violentamente. Alberta nadaba a pocos pasos.

—¡Es...tá... helada! —gritó.

Ella se volvió, riendo alegremente.

—¡Claro! Viene de las montañas y todavía hay nieve en las cumbres —explicó.

Sharmax tenía todo el cuerpo sumergido.

—Oiga, ¿me han cortado la cabeza? No noto el resto del cuerpo...

—Nade, hombre, muévase; así activará la circulación de la sangre.

Sharmax hizo un gesto negativo.

—Lo siento, pero no me importa confesar mi cobardía —dijo.

Y empezó a nadar hacia la orilla.

Alberta regresó más tarde. Sharmax salió a su encuentro, con la toalla en las manos. Ella le miró sonriente, mientras se secaba el rostro.

—De todas formas, me ha gustado —dijo él.

—Inténtalo otro rato. Tiene tiempo de sobra.

—Sí, claro.

Ella terminó de secarse y echó a andar. De pronto, tropezó con algo y empezó a caer. Sharmax estaba delante y la sujetó con sus brazos.

Durante unos segundos, permanecieron en la misma posición, mirándose a los ojos desde muy corta distancia. Luego sobrevino lo inevitable y las dos bocas se juntaron en un ardiente beso.

Los cuerpos se pegaron por completo. Alberta dejó caer la toalla y le echó los brazos al cuello. Sharmax la apretó con fuerza. El traje de baño de la joven, completo, estaba mojado, pero no lo sintió.

Súbitamente, ella se separó y dio un paso atrás.

—No —dijo roncamente. Clavó sus ojos en el joven—. Sonny...

usted me comprende... No quiero llegar... a las últimas consecuencias... en estas condiciones...

—No se preocupe —sonrió él—. Creo que ha hecho bien.

—Gracias por su comprensión, Sonny. Y ahora...

Alberta no pudo continuar. En alguna parte, estalló una detonación.

La joven gritó. Sharmax reaccionó con la velocidad del relámpago. Mientras las montañas devolvían multiplicados los ecos del disparo, él agarró la mano de Alberta y tiró de ella.

—¡Al agua! —gritó.

La joven comprendió y corrió hacia el estanque. Cuando se zambullían, algo levantó un chorro de líquido a muy corta distancia. Todavía pudieron percibir el seco chasquido del segundo disparo.

Esta vez, Sharmax no se preocupó de la frialdad del líquido. Nadó por debajo del agua, hasta que le faltó la respiración, y entonces asomó la cabeza unos instantes para tomar aire.

Alberta no se veía. Sharmax recordó su grito. Tal vez estaba herida, inconsciente ya, en el fondo del estanque...

Buceó enérgicamente, con los ojos muy abiertos, pero no consiguió ver nada. Regresó a la superficie y entonces oyó la voz de la joven.

—Aquí, Sonny.

Alberta se había guarecido bajo una roca saliente. Sharmax nadó hacia ella.

De pronto, vio sangre en su brazo.

—Está herida —exclamó.

—La bala me rozó un poco. Por eso grité —contestó ella.

Era un rasguño poco hondo, cerca del hombro.

—Meta la herida en el agua; la frialdad del líquido cortará la hemorragia —aconsejó él.

Alberta lo hizo así. Luego miró al joven, con expresión consternada.

—Nunca llegué a pensar que intentaran atentar contra mi vida —dijo.

—Dispararon contra mí. Lo que pasa es que usted estaba dándome la cara y su brazo no quedaba protegido por mi cuerpo —contestó Sharmax.

—¿Incluso aquí, quieren quitarle de en medio?

—Cualquier sitio es bueno. Pero hay que hacer algo para saber si el asesino está ahí todavía o se ha marchado.

—¡No, no se mueva! —exclamó Alberta—. Puede estar aguardando a que salgamos del agua...

—En estos momentos, casi prefiero un balazo —rio Sharmax—. Como siga así cinco minutos más, tendrán que sacarme completamente tieso y evitar dejarme caer al suelo, porque me rompería como si fuese de vidrio.

—Tiene usted un humor admirable, Sonny. Le envidio, créame.

Sharmax sonrió. Luego, sosteniéndose con las manos en la roca, se desplazó unos metros lateralmente.

De pronto, sonó otro disparo.

Sharmax se agachó velozmente. La bala pasó alta y fue a hundirse casi en el centro del estanque.

—Estamos sitiados —dijo, al regresar, junto a la muchacha—. Es un sádico; no quiere matarme de un balazo, sino que prefiere congelarme.

—Sonny, tenemos que hacer algo... No podemos continuar así eternamente...

Sharmax se volvió. A treinta metros, divisó un espeso grupo de arbustos que crecían junto a la orilla del estanque. Algunas de sus ramas se proyectaban directamente sobre el agua.

—Creo que he dado con la solución —dijo—. Siga aquí y espere unos momentos.

—Tenga cuidado —aconsejó ella, terriblemente aprensiva

Sharmax hizo varias inspiraciones. Luego, con gran cuidado para no alterar la quieta superficie de las aguas, se sumergió y empezó a nadar hacia los arbustos.

Aguantó todo lo que pudo. Al fin, volviéndose, asomó la nariz un poco, respiró, volvió a sumergirse y así consiguió ganar los matorrales.

Salió arrastrándose como un indio. Había localizado antes el lugar donde se hallaba el tirador y sabía que tendría que dar un rodeo para sorprenderlo. No tenía armas, pero un buen pedrusco, lanzado adecuadamente, podía ser tan efectivo como una pistola.

De repente, oyó un trueno.

Alguien disparaba un rife de gran calibre. Por el sonido de los

disparos, supo que no era el tirador emboscado.

Asombrado, levantó un poco la cabeza. En la terraza, el mayordomo, hacía fuego con un fusil de caza en dirección al lugar donde suponía se hallaba el desconocido tirador.

Pasados unos momentos, oyó un sonido bien distinto: el ruido de un automóvil que se alejaba a gran velocidad. Sharmax comprendió que el tirador había emprendido la huida.

—¡Ya puede salir; ha pasado el peligro! —gritó.

Alberta abandonó su refugio. Sharmax corrió a su encuentro.

—Siento haber actuado demasiado tarde, señorita, pero no encontraba las municiones para el rifle del señor —se disculpó.

—De todos modos, lo ha hecho muy bien, Grant —contestó Alberta. Se volvió hacia el joven—. Es el rifle que usa papá para cazar osos y venados —explicó—. A veces usa arco y flechas...

—Grant, traiga elementos de cura —ordenó el joven—. La señorita está herida.

—Bien, señor.

La doncella también acudió, una vez pasado el susto. Bastó un poco de desinfectante y un pequeño apósito, con una tira de esparadrapo, para que el rasguño quedase adecuadamente curado. Entonces, Sharmax anunció que iba a buscar rastros del tirador.

Regresó un cuarto de hora más tarde, haciendo saltar algo en la palma de la mano. Alberta, sentada en una butaca, con una taza de café al alcance de su mano, le miró con curiosidad.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un encendedor. Había también algunas colillas. El tirador llegó muy temprano y se apostó allí, esperando a que me hiciera visible. Durante la espera, fumó varios cigarrillos. Pero se marchó sin darse cuenta de que había perdido el encendedor.

—¿Es un rastro interesante?

Sharmax contempló el encendedor. En una de sus caras había grabada una inscripción: «De A.M. a J.H.», leyó.

Ella también leyó la inscripción. Luego dijo:

—Es el regalo de una mujer, cuyo nombre empieza por A. El apellido podría ser Martin, Miller, Matthews...

—¡Mutts! —gritó él de pronto—. Annie Mutts... y sé quién es J. H., Johnny Holler.

—¿Lo conoce?

Sharmax reflexionó unos segundos.

—Lo conozco y empiezo a sospechar qué está haciendo en Plainsville —dijo—. Hasta ahora no se había dedicado a tirar con un rifle, pero es evidente que alguien le ha forzado a ello. Sin embargo, el ataque que ha realizado contra mi es mucho menos importante que el que está llevando a cabo en estos momentos.

—Pero eso no puede ser. No puede estar en dos sitios a la vez —exclamó Alberta.

—Bueno, yo quería decir que ya lleva tiempo desarrollando sus actividades... Me parece que voy a suspender mi descanso: ahora que ya sé quién es el tipo, quiero quitármelo de en medio cuanto antes.

—Entonces, ¿se marcha?

—Ahora mismo.

Alberta se puso en pie.

—Iré con usted —decidió.

—Pero, su herida...

—No me molesta en absoluto y deseo conocer el desenlace de este suceso —declaró la joven firmemente.

Treinta minutos más tarde, se disponían a emprender la marcha. Ella se sentó junto a Sharmax, que conducía el coche

—Sonny —dijo la joven.

—¿Sí?

—Puede... puede llamarme Alberta.

—Lo tendré en cuenta —sonrió él, a la vez que pisaba el acelerador.

## CAPÍTULO X

**S**HARMAX se acercó cautelosamente al coche estacionado en el interior del jardín y examinó sus ruedas. Luego, con la ayuda de un destornillador, levantó el maletero.

Envuelto en unos trapos, había un rifle, que enseñó a la joven, sin pronunciar una palabra. Alberta hizo un gesto de aquiescencia.

—Pero los tipos de esa clase no suelen utilizar armas de fuego —arguyó.

—Salvo cuando les obligan —contestó él—. Johnny Holler tiene demasiados puntos oscuros en su vida, para no encontrar uno que le fuerce a hacer cosas que no desean. Bien, ¿se atreve a entrar?

Alberta estaba muy pálida, pero asintió.

—Sí, es preciso hacerlo —respondió.

Paso a paso, se acercaron a la casa. Sharmax abrió una ventana, saltó al interior y ayudó a la joven a hacer lo mismo. Luego, y siempre observando las mismas precauciones, se acercaron a una puerta.

Sharmax fijó la vista en Alberta.

—¿Ya? —consultó.

Ella respondió con un leve movimiento de cabeza. Entonces. Sharmax asió el picaporte y abrió de golpe.

Una mujer chilló agudamente. El hombre se sentó en la cama y les miró

—¡Fuera de aquí! —aulló.

Sharmax sonrió.

—Vístete, Johnny Holler —ordenó Thomas—. Usted siga cubierta con las sábanas; ya se vestirá luego.

—Betty, soy yo, Alberta —dijo la joven.

La alcaldesa lanzó otro chillido de pánico.

—¡Es mi ruina! —gritó, debajo de las sábanas.

Sharmax sacó su revólver.

—Johnny, estoy aguardando —dijo.

El sujeto empezó a vestirse. Sharmax paseó la mirada por el lujoso dormitorio

Esperó a que Holler estuviese vestido. Entonces, se volvió hacia Alberta.

—Le presento a Juan de Toledo, en realidad, Johnny Holler, alias El Bello Johnny, galán profesional y explotador de mujeres incautas. Me costó mucho reconocerle; fíjese en que lleva bigote y perilla, como los que yo me quité. El pelo, negro, peinado con raya y engominado... ¿Verdad que da la idea típica de un caballero español?

—No he cometido ningún pecado —contestó Holler dignamente—. A fin de cuentas, ella está enamorada de mí...

—Johnny, no me hagas perder la paciencia —dijo el joven tranquilamente—. Hay en las ruedas de tu coche, tierra de cierto lugar, en donde esta misma mañana estuviste haciendo ejercicios de tiro al blanco. Hemos encontrado tu rifle; en tus zapatos, también encontramos la misma tierra... Y, por último, hay una reclamación pendiente contra ti, por el intento de asesinato de Annie Mutts, la cual, después de un año, no se ha recuperado todavía de la paliza que le propinaste. Tu coche está fuera y puedes marcharte ahora mismo de la ciudad o enfrentarte con una docenita de años de cárcel. Elige.

La cara del falso español estaba completamente blanca.

—Me iré... —dijo, con voz temblorosa.

—Pero antes tienes que decirme quién te llamó, para que conquistases a la señora Thomas.

—Schultze...

—¿Y los disparos?

—McCoy me reconoció y me obligó a subir a la Sierra...

—Si desapareces de Plainsville ahora mismo, podrás eludir a los unos y a los otros. Pero si te quedas un minuto más, hablaré con Schultze y le diré que tú me indicaste dónde había una cámara escondida. Imagínate el resto.

—Pero yo no sabía que estaba ahí la cámara...

—A otro perro con ese hueso —cortó el joven—. Alberta,

quédese con la señora Thomas, por favor.

Ella entendió el significado de aquellas palabras. Sharmax empujó al galán profesional hacia la salida.

—Andando, Johnny.

—Tengo que pasar por el hotel, para recoger mi equipaje...

—Ni lo sueñes. Te vas ahora mismo, con lo puesto. Y si te veo volver, irás a parar a la cárcel. Vives de tu físico, no lo olvides, y estás ya más cerca de los cuarenta que de los treinta.

Holler, abrumado, bajó la cabeza.

Aquella misma noche, Sharmax hizo dos visitas.

—Holler olvidó algo y me encargó se lo devolviese —dijo, mientras ponía el rifle en la mesa tras la que se hallaba McCoy.

El rostro del irlandés griseó.

—No sé de qué me está hablando...

—Lo sabe, pero no vamos a discutir por ello. Ah, Johnny dijo que le entregó usted un rifle inútil. Tiene roto el percutor.

Sharmax se volvió desde la puerta y sonrió ampliamente.

—Pero el percutor de mi revólver está en perfectas condiciones —añadió.

La siguiente visita fue para Schultze. El alemán contempló estupefacto la cámara cinematográfica que le traía Sharmax.

—Es un trasto —dijo el joven sonriente—. Los mecanismos no funcionaron y no se pudo impresionar la película que usted tanto deseaba, con Johnny Holler como protagonista masculino.

—No me gusta el cine —rezongó Schultze.

—La culpa no es mía.

—Y no me gustan los malos actores que se meten a policías.

Sharmax se inclinó y apoyó las manos en la mesa.

—Y a mí me gustan menos los forajidos y asesinos como usted y como McCoy. Me trajeron para acabar con ustedes y si son listos, liquidarán sus negocios y se marcharán de Plainsville. A menos que les guste especialmente el cementerio de esta ciudad, claro.

Se incorporó y sonrió.

—Por supuesto, la cámara no tiene película —finalizó.

\* \* \*

—Betty está desolada, abrumada, completamente desmoralizada —dijo Alberta a la mañana siguiente—. Habla de dimitir...

—Prohíbaselo —aconsejó Sharmax, mientras se dedicaba a cazar medio huevo con la ayuda del tenedor y una tostada—. Nadie más que nosotros sabe lo sucedido. Johnny callará, por la cuenta que le tiene.

—¿Se marchó?

—Una patrulla lo acompañó hasta los límites de la ciudad. Pero no se iba con los bolsillos vacíos. Betty le había dado cinco mil dólares momentos antes de nuestra llegada.

—Dios, qué tontas pueden llegar a ser algunas mujeres...

—Holler es un galán profesional. Le encargaron conquistar a Betty, eso es todo. Y es preciso confesar que era un plan magnífico. Imagínese que no ocurre nada y que la película llega a poder de Schultze. ¿Se siente capaz de suponer lo que habría sucedido después?

—Betty se habría convertido en su esclava.

—Exactamente. Pero el plan de Schultze falló y no precisamente por nosotros, sino porque McCoy aprovechó los conocimientos que tenía de Holler y le obligó a subir a la Sierra con un rifle. Holler perdió allí su encendedor...

—Un encendedor que le comprometía gravemente. ¿No se lo regaló la mujer a la cual estuvo a punto de matar?

—Holler es un tacaño —sonrió Sharmax—. El mechero es bueno, de plata y vale unos dólares. Pero, por fortuna, si acierta siempre con las mujeres, no supo hacer lo mismo con el rifle. Me estremezco solo de pensar de lo que habría sucedido de haber estado Finney en su lugar.

—¿Quién es Finney? —preguntó ella, curiosa.

—Mi rival cinematográfico. Pero es un «malo» auténtico y sé que lo han contratado para matarme. Lo que sucede es que no da señales de vida y McCoy se impacientó y envió a Holler.

—Cuénteme más cosas de Finney, por favor.

—El productor descubrió que era un asesino profesional y lo despidió. Finney no puede vengarse, porque sabe que sería detenido inmediatamente.

—¿Asesino profesional... y anda libre por ahí? —se asombró la joven.

—No hay pruebas contra él.

—Comprendo.

—Y me preocupan dos cosas, Alberta. Yo tengo buena puntería; fui dos años campeón de la Policía de Los Ángeles. Pero Finney me gana hasta durmiendo. Se lo conté a White y aunque le parezca exagerado, es cierto. Finney es capaz de matar a una mosca, parada, claro, a veinte pasos de distancia. Una vez hizo la prueba, con un blanco de ese tamaño, y falló solo un tiro, de veinte.

Alberta se aterró.

—¿Ese es el hombre que han contratado para matarle?

—Sí. Y la segunda cosa que me preocupa es que nadie sabe dónde está. Hace tiempo que pedí ayuda a Los Ángeles para que lo buscasen, pero ha desaparecido, como tragado por la tierra.

—Entonces, teme que aparezca en el momento menos pensado...

—Sí, en efecto.

Alberta meditó unos instantes.

—Tengo la solución —dijo al cabo.

—¿De veras?

—Sonny, no quiero que le pase nada. Dímela. Váyase una temporada de la ciudad. Ya nos arreglaremos como sea...

—No —contradijo él—. Estoy a punto de terminar mi tarea. Antes de una semana, habré completado mi información. Entonces, podré actuar arrasadoramente contra los dos clanes. Bueno, contra sus jefes. Desaparecidos estos, los demás quedarán desorganizados, sin capacidad para amedrentar a la gente.

—Me voy a pasar una semana entera sin dormir —se quejó ella.

—Le aconsejo no se lo tome tan a pecho. A fin de cuentas, conozco un poco a Finney y puedo prever sus movimientos, hasta cierto punto, claro. Pero por nada del mundo consentiría en marcharme ahora.

—¿Teme que le llamen cobarde?

—A veces, lo soy. Cuando el fingido atraco al Banco, pasé un miedo horroroso.

—Pero supo dominarlo. Y ese es el verdadero valor, Sonny.

—Sí, aunque no le deseo un rato semejante ni a mi peor enemigo —sonrió él.

Sharmax se limpió los labios y se puso en pie.

—Gracias por haberme invitado a desayunar —añadió.

—No deje de tenerme informada en todo momento —solicitó la joven.

—Descuide, así lo haré.

\* \* \*

—Está dispuesto a declarar, si se le da la adecuada protección —dijo el confidente.

Sharmax asintió. Estaba en un callejón oscuro, hablando con un viejo conocido, que había llegado a Plainsville pocos días después de él.

—Te avisaré, para que se lo digas en el momento oportuno. ¿Qué sabes de McCoy?

—No he podido hablar con Sara —contestó el confidente.

—Bien, iré a verla esta misma noche. Gracias, Rockey.

Una hora más tarde, Sharmax entraba en un lujoso bar. Había una notable animación. Una vendedora de cigarrillos, con los pechos al aire, le ofreció su mercancía.

—¿Tabaco, señor?

—Sí, un paquete de cigarrillos, por favor.

—Le aconsejo un habano, señor. De Cuba y de contrabando.

—Bueno, fumaré un habano.

Sharmax dejó dos billetes de cinco dólares sobre la bandeja de los cigarrillos. La vendedora hizo una genuflexión de gratitud.

—Estás estupenda, Sara —dijo él entre dientes.

—Ven al terminar mi trabajo —invitó ella.

—Tendrá que ser en otra ocasión. No conviene que nos relacionen.

—Gracias, señor —dijo la vendedora en voz alta, al ver que se acercaba una pareja de clientes, hombre y mujer.

Sharmax se alejó. Más tarde, deshizo el habano. Dentro había un rollito de papel, que desplegó cuidadosamente.

Leyó:

BILL DEALE, CALLE 20. 4 E.  
TIENE FOTOGRAFÍAS

Era más que suficiente. Los restos de habano fueron a parar al sumidero Sharmax accionó el mando de descarga de la cisterna y luego salió de los lavabos.

Sara le miró de lejos. Sharmax hizo un leve guiño, con el que

daba a entender conocía su mensaje. Luego, ella se dedicó a su labor y Sharmax se encaminó hacia la salida. Tenía que informarse acerca de la identidad de Bill Deale.

## CAPÍTULO XI

**E**L teniente Grays se rascó la cabeza.

—¿Bill Deale? —repitió—. El nombre me suena, pero...

—Yo le conozco —intervino el sargento White—. Trabajó un tiempo como contable para McCoy.

—¿Qué hace ahora? —preguntó el joven.

White hizo un gesto de indiferencia.

—Tengo entendido que dejó el empleo. Parece ser que no estaba de acuerdo con los métodos de su patrón.

—Un tipo honrado, ¿eh?

—Sí, eso creo.

—¿Qué hace ahora?

White volvió a encogerse de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió.

—A mí me parece saber algo de ese tipo —manifestó Millman—. No trabaja, pero vive bien.

—Habrá recibido alguna herencia —dijo Grays, sarcástico.

—Desde luego, el sitio en que vive es caro —añadió Millman—. Ahí no viven los pobres, precisamente.

—Hace tiempo, un par de años, McCoy se vio envuelto en un lío gordo. Se le acusaba de haber asesinado a un tal Perry Odlum, pero no se encontraron las pruebas suficientes para procesarlo.

—Schultze también tiene algo pendiente —dijo el joven—. ¿Saben de qué se trata?

—Otro asesinato. La víctima fue Frank Leatroy. Odlum y Leatroy eran los tipos que más competían con ellos. Tanto Schultze como McCoy decidieron liquidarlos personalmente, a fin de ganar prestigio entre sus secuaces. Pero tampoco hay pruebas. En el caso de Schultze, conseguimos un testigo, pero se desdijo

inmediatamente.

—Ahora está dispuesto a hablar —manifestó Sharmax—. Bien, con todos esos datos, creo que pronto podremos sacar la escoba.

El teléfono sonó en aquel momento. White lo levantó, escuchó unos instantes y luego se lo pasó al interesado.

—Para usted, jefe.

—Sharmax —dijo el joven.

—Me alegro de oírte, Sonny. Ten cuidado. El mensajero se nos ha escurrido de entre los dedos. Viaja hacia Plainsville.

Sharmax se puso rígido.

—Gracias, amigo.

El otro añadió:

—Sabemos que compró ropas de mujer y una peluca blanca. Desconfía de las viejas, Sonny.

Sharmax dejó el teléfono sobre la horquilla. Finney habría sido un magnífico actor, con inmensas condiciones para representar toda suerte de personajes, pero algo había enfermado en su mente y prefería vivir del crimen.

—¿Algo importante, jefe? —preguntó Grays.

—No, nada de particular. Sigán como hasta ahora —respondió Sharmax.

\* \* \*

El hombre oyó el timbre y escrutó desconfiado a través de la mirilla. El visitante le resultó desconocido.

Bill Deale abrió una rendija.

—¿Qué quiere? —preguntó—. No necesito seguros, ni cepillos para los dientes, ni compro enciclopedias...

—Yo solo vendo cámaras fotográficas —dijo Sharmax.

Deale intentó cerrar, pero Sharmax puso el pie—oportunamente.

—Amigo, traigo un mandamiento del juez —anunció el joven—. Si no me abre, llamaré a Jefatura y vendrán un montón de policías. La noticia se divulgará. Imagínese el resto.

Deale temblaba cuando abrió del todo.

—¿Qui... quién es usted? —preguntó.

—Sharmax, jefe de Policía. Usted tiene ciertas fotografías de McCoy. Entréguemelas.

La nuez del sujeto subió y bajó repetidas veces.

—So... son mi seguro de vida.

—Tu seguro de vida está en entregarme esas fotografías y abandonar la población. Ahora bien, si no lo haces, te llevaré arrestado, acusado de complicidad en el asesinato de Perry Odlum. McCoy se enterará y tarde o temprano evitará que te presentes a juicio. La elección está en tus manos. Bill.

Deale lanzó un reniego,

—Me quita usted un buen salario —rezongó.

—Te salvo la vida. Tarde o temprano. McCoy se cansará de pagarte... Por cierto, ¿cuánto te paga?

—Tres mil mensuales —dijo Deale de mala gana.

—Una bonita renta. ¿Cómo sacaste las fotografías, Bill?

—Bueno, yo había oído que McCoy quería cargárselo... Tenía que demostrar a sus hombres que él era también capaz de hacer lo que ordenaba a otros. Hizo que Odlum acudiera a su casa... Yo estaba preparado...

—Eres un sujeto absolutamente despreciable —dijo Sharmax, asqueado—. Sabías que un hombre iba a morir y no levantaste un dedo por evitarlo.

Deale volvió la mirada a un lado.

—Una vez los secuaces de Odlum me dieron una gran paliza... —se defendió sin demasiada convicción.

Sharmax chasqueó los dedos.

—Vengan esas fotografías. Y los negativos, claro.

El hombre se rindió. Sharmax examinó las fotografías. Eran una prueba absoluta contra McCoy.

—Escucha, Bill —dijo, momentos más tarde—. Te doy una hora para que abandones la población. Alguien estará vigilándote. Si continúas aquí, pasado ese plazo, llamaré a McCoy. Eso es todo.

—Me van a sobrar treinta minutos —contestó Deale desesperadamente.

\* \* \*

—Estoy a punto de terminar —dijo aquella noche durante la cena.

—¿De veras? —preguntó Alberta, entusiasmada.

—Moderadamente, sí. Claro que pueden surgir imponderables...

Oiga, ¿cómo sigue Betty?

—Ha vuelto a la realidad. Estaba ciega por Johnny. Hoy estuvimos hablando un buen rato y me dijo que le está muy agradecida y que quiere hacerle un magnífico regalo. ¿Tiene usted preferencia por algo, Sonny?

Sharmax sonrió.

—Betty no puede regalarme lo que más me gustaría a mí —contestó.

—¿Por qué no? Es inmensamente rica...

—Ni el más poderoso del mundo podría comprarme lo que yo deseo en este momento.

—Sonny, tendré que pensar en su falta de modestia —sonrió Alberta—. ¿No puede decirme, al menos, de qué se trata?

—Algo que vale más que todo el oro del mundo. ¿Le satisface la respuesta?

—A medias, pero no insistiré. Volvamos a nuestros problemas. Antes ha hablado de imponderables. ¿Qué es lo que quiso decir?

—Exactamente lo que dije y lo que significa esa palabra. ¿Quién puede vaticinar un imponderable, un suceso inesperado, al fin y al cabo? Los planes más completos se arruinan por algo que ocurre en el último instante y que no se había previsto, precisamente porque no se creía pudiese ocurrir. Lo mismo puede pasar en nuestro caso.

—¿Lo cree así?

—Los otros también son humanos y piensan. Sería de tontos desdeñar la valía del adversario. Es cierto que les hemos retirado un puñado de hombres de la circulación, incluyendo los que intentaron asaltar Río Bravo. Pero no se les puede considerar aún como vencidos.

—Sin embargo, tiene usted unas cartas muy buenas —alegó la joven.

—Esperemos que sean mejores que las de ellos —suspiró Sharmax.

—En resumen, ¿cuándo piensa dar el golpe definitivo?

—Dentro de uno o dos días, y usted estará presente, en su calidad de Comisionado de Policía.

Los ojos de Alberta brillaron.

—Le prometo asistir... a lo que sea —respondió.

Dos días más tarde, Sharmax encomendó cierta tarea a Millman

y a White.

—Vayan y cítenlos en mi despacho para las cuatro de la tarde —ordenó—. Es probable que se nieguen: en tal caso, no insistan ni añadan una sola palabra. Pero tengo la esperanza de que vendrán.

Los dos hombres se marcharon inmediatamente. Sharmax se reclinó en su sillón y encendió un cigarrillo. Con un poco de suerte, el problema quedaría resuelto aquella misma tarde.

Excepto por un punto, el más oscuro de todos. ¿Dónde estaba Finney?

Aparte del «contrato», Finney tenía muy buenas razones particulares para desear su muerte.

\* \* \*

Schultze y McCoy se presentaron con segundos de diferencia y entraron en el despacho de Sharmax, altivos, seguros de sí mismos, desafiantes del mundo entero, aunque sin dirigirse la palabra el uno al otro. La sorpresa de los dos *gangsters* fue enorme al ver a Alberta en la estancia.

—Caballeros —dijo Sharmax, después de unos fríos saludos—, la señorita De Vere-Gibbs va a tener el gusto de dirigirles la palabra, en su calidad de Comisionado de Policía de la ciudad. Escúchenla con atención, por favor. Señorita, cuando guste.

Alberta adelantó un paso. Tenía puestos los lentes y sostenía unos documentos con las manos.

—John Schultze, se le acusa de la muerte de Frank Leatroy.

—No se puede probar —dijo el sujeto con arrogancia.

Ella le miró por encima de las gafas.

—Está equivocado. Tenemos un testigo, que ha firmado una declaración y afirma estar dispuesto a presentarse ante el tribunal. La acusación, por tanto, es de homicidio en primer grado.

A Schultze se le aflojó la mandíbula inferior. Impasible, Alberta prosiguió:

—Sean McCoy, se le acusa de la muerte de Perry Odum. Tenemos fotografías en que se le ve disparando contra la víctima e, incluso, rematándola, una vez caída en el suelo. Por tanto, la acusación también será de homicidio en primer grado.

McCoy se puso rojo como la grana.

—¡Han obtenido esas fotografías ilegalmente! —gritó.

—Luego admite que es cierto —sonrió la joven.

McCoy se quedó sin habla. Ella se volvió hacia el joven.

—Señor Sharmax, son suyos —indicó.

—Gracias —Sharmax se encaró con los dos sujetos—. Ya no son ustedes nada —les dijo—. Nada ni nadie podrá rebatir las acusaciones que se les han formulado y ni el abogado más experto podrá conseguir siquiera una sentencia mínimamente benigna. Su imperio se ha acabado; cuando sus bandas sepan que los jefes han caído en poder de la justicia que burlaron tantas veces, comprenderán que sus días de poder y de gloria han terminado ya. No habrá más guerras de pandillas en Plainsville ni los ciudadanos honrados se sentirán explotados por unos sujetos sin escrúpulos. Cada vez que alguien intente emular sus repugnantes actividades, surgirá un grupo de gentes valerosas, que barrerán a todos cuantos intenten burlar las leyes. Por mi parte, eso es todo —concluyó.

—Y yo suscribo íntegramente sus palabras, jefe Sharmax —declaró Alberta con gran énfasis.

Millman y White entraron en el despacho y se llevaron a los dos acusados, que aparecían completamente abrumados. Sonriendo, Sharmax se encaró con Grays.

—Teniente, tenga la bondad de ocuparse del papeleo —dijo—. La señorita se encargará de ponerse al habla con el fiscal.

—Lo haré con mucho gusto —manifestó ella.

Poco después, el sargento Millman se acercó a los dos jóvenes.

—Jefe, Schultze parece haber reaccionado —informó.

Sharmax alzó las cejas.

—¿Si?

—Dice que ha ganado una batalla, pero no la guerra, y que usted entenderá el significado de estas palabras, si le menciono el nombre de Finney —dijo Millman.

—Gracias, sargento; lo tendré en cuenta.

Millman se marchó. Alberta se sintió muy alarmada.

—Sonny, ¿qué es lo que quiso decir Schultze?

—Ahora ya sé quién contrató a Finney —contestó él preocupadamente—. Con toda seguridad, le contrató demasiado tarde; de lo contrario, es probable que se hubiera ahorrado muchos disgustos.

—¡Dios mío! ¿Trata de decirme que no podrá derrotar a ese

asesino profesional? —se asustó ella.

—Aparte del dinero que ya ha recibido, Finney me odia a muerte, porque fue gracias a mí por lo que el productor le despidió. Dijo que no me lo perdonaría jamás y que ya llegaría el día en que nos encontraríamos. Si me mata, los *gangsters* recobrarán nuevos ánimos y...

—No lo consentiremos —exclamó Alberta—. Día y noche tendrá gente que le proteja...

—Es inútil. Cuando Finney se propone una cosa, la ejecuta inexorablemente. La única solución es... ser más listo que él, pero no se me ocurre ninguna idea medianamente viable —dijo Sharmax, completamente desalentado.

## CAPÍTULO XII

**H**ABÍA hecho unas compras y salía de unos grandes almacenes, con un par de paquetes en la mano. Muchas mujeres y también hombres la habían reconocido, felicitándola efusivamente por la excelente labor que estaba llevando a cabo.

Alberta se sentía agradecida e incómoda al mismo tiempo. Todo el mérito era de Sharmax y, sin embargo, el joven la había hecho aparecer como una heroína de película policiaca. Más de uno, recordando una serie célebre de televisión, la llamaba «El Ángel de Plainsville». Otro le dijo que en la ciudad eran más modestos, porque solo tenían uno, aunque valía más que los tres «ángeles» de la televisión. A veces, se sofocaba y...

De repente, tropezó con alguien. Una mujer se tambaleó y se agarró a ella.

—Dispense, muchacha, soy tan torpe... —dijo la anciana.

Alberta procuró rehacerse.

—No se preocupe, buena mujer —dijo—. No ha tenido importancia...

Recogió uno de los paquetes que se le había caído y, en aquel momento, vio a la anciana que se tambaleaba.

—¡Señora!

Alberta lanzó los paquetes al interior del coche y agarró por un brazo a la anciana.

—¿Le sucede algo?

—No... no me encuentro bien...

—Venga —dijo ella, en un arranque espontáneo—. La llevaré a su casa. Indíqueme la dirección y no se preocupe de más.

—Gracias, hijita; es usted muy buena —sonrió la anciana.

Un coche patrulla se paró, en aquel momento y uno de sus

ocupantes, que había reconocido a la joven, se apeó en el acto.

—¿Sucedé algo, señorita? —preguntó cortésmente.

—Oh, nada de particular. Esta pobre mujer, se ha indispuerto... Yo la llevaré a su casa, no se preocupe.

La anciana entró en el coche, ayudada por Alberta y el policía. Ella se sentó tras el volante y, cuando ya iba a arrancar, recordó algo.

—Ah, por favor, agente; llame por radio a Jefatura. Dígale al señor Sharmax que es probable que me retrase unos minutos, pero que no se preocupe por mí. Él ya sabe de qué se trata.

—Entendido, señorita.

El guardia saludó, mientras el coche se ponía en movimiento. Luego, regresó al vehículo de patrulla y empuñó el micrófono.

\* \* \*

Millman entró en el despacho, con la corbata roja y un pañuelo en la mano, casi completamente empapado en sudor. Sharmax le miró inquisitivamente.

—Nada, jefe —dijo el sargento.

Sharmax torció el gesto. A Finney parecía habérselo tragado la tierra. Y, sin embargo, presentía que ya estaba en la ciudad.

En aquel instante, sonó el interfono. Sharmax movió la palanquita.

—Diga...

—Jefe, hay una llamada para usted de la patrulla Reno Dos. Se han encontrado con la señorita Alberta. Ella le ruega dispense si se retrasa unos minutos. Parece ser que se encontró a una anciana enferma y se ofreció para llevarla personalmente a su casa.

Sharmax se puso rígido.

—¿Ha dicho una anciana?

—Sí, señor...

—Trate de ponerme en contacto con Reno Dos. Llámeles urgentemente, muchacho —Sharmax levantó la vista—. Millman, creo que Finney ha dado ya su primer golpe, secuestrando a la señorita Alberta.

—Por todos los diablos...

—Sé que compró ropas de mujer y una peluca blanca. Por tanto, anda disfrazado de vieja... Millman, averigüe qué dirección

tomaron. El coche de Alberta es inconfundible. Váyase a la central de comunicaciones, rápido.

Sharmax aguardó unos segundos. El policía que había presenciado la escena le habló muy pronto y confirmó lo que ya había declarado.

—¿Se fijó en la vieja? —preguntó Sharmax.

—Bueno, no mucho... Usaba bastón... Ah, sí, llevaba un bolso bastante grande...

—Con una pistola dentro —los dientes de Sharmax chirriaron. Finney habría secuestrado a la muchacha y...

Millman llamó en aquel instante.

—Jefe, el auto de la señorita Alberta ha salido de la ciudad hace diez minutos en dirección Norte.

Sharmax se puso inmediatamente en pie.

—Muy bien, ya me imagino adonde se dirigen —exclamó—. Por fin Finney ha dado la cara.

—Le ayudaremos, señor...

—Nada de eso. Este es un asunto estrictamente particular, sargento. Finney es un sujeto terriblemente peligroso y no quiero que arriesguen sus vidas por los problemas que puedan existir entre ese miserable y yo.

Cortó la comunicación, revisó el tambor de su revólver y se dirigió disparado hacia la calle.

\* \* \*

Había un silencio absoluto en el lugar. Sharmax dejó el coche antes de desembocar en el claro que rodeaba a la cabaña y se acercó con grandes precauciones, saltando de árbol en árbol, para protegerse con los troncos.

Frunció el ceño. No había ningún coche parado al pie del edificio. Claro que, se dijo, Finney podía haberlo escondido al otro lado...

Miró a su derecha. Había un pequeño grupo de rocas que podían ocultarle y estaban mucho más cerca de la casa. De pronto, echó a correr.

El disparo resonó cuando estaba a punto de alcanzar las rocas. La bala levantó una nube de polvo delante de sus pies. Sharmax dio un tremendo salto, cayó sobre las manos, volteó y quedó

agazapado, con el revólver en las manos.

Una carcajada estalló en aquel instante.

—¡Hola, Sonny! Has picado, ¿eh? —gritó Finney, oculto en algún lugar de la casa.

—¡Mel! Suelta a la muchacha —pidió Sharmax—. Haré lo que me pidas, pero déjala ir libre...

—¿Qué muchacha? ¡No está aquí, Sonny!

Sharmax se quedó atónito.

—Estás mintiendo...

Finney volvió a reír.

—Picaste como un tonto —dijo—. Aquella vieja desempeñó una comedia, por veinte miserables dólares. Cree que se trataba de gastar una broma a un buen amigo. Y yo sabía que acabarías por venir aquí.

—Eres listo, Mel.

—Lo soy. Antes de empezar mi trabajo, me informé cuidadosamente de todo. Suelo hacerlo, ¿comprendes?

—Claro, de lo contrario, tendrías que inscribirte en alguna oficina de empleo, ¿verdad? Pero en esos lugares no dan trabajo a los asesinos profesionales.

—Sonny, hay una cuenta pendiente entre los dos, aparte del dinero que me pagaron. Imagínate el resto.

—Puedo esperar aquí...

—¿De veras?

Finney disparó de nuevo. La bala pegó en una roca cercana y rebotó con estremecedor chillido.

Sharmax frunció el ceño. El siguiente disparo provocó otro rebote y casi sintió el viento de la bala en su mejilla derecha.

Estaba en mala posición, pese a que la había creído excelente en los primeros momentos. Finney disponía, sin duda, de municiones en abundancia y continuaría disparando hasta conseguir que le alcanzase una bala rebotada.

Otro proyectil se llevó unos jirones de ropa de la hombrera izquierda de su chaqueta. Sharmax sintió un escalofrío. Dos centímetros más cerca y aquella bala, abollada y cortante a un tiempo, le habría rasgado la garganta como si se hubiese tratado de un cuchillo.

Tenía que abandonar el parapeto, se dijo. Miró por la hendidura

entre dos rocas y calculó las distancias. Una corta carrera, un pequeño volteo y otra carrera más y estaría en la casa...

Aguardó al siguiente disparo, con los nervios en tensión.

Si le alcanzaba el rebote... Pero la bala, esta vez, salió alta.

Entonces echó a correr. Diez pasos más adelante, hizo un zigzag. Luego se lanzó en plancha, mientras la siguiente bala rozaba sus hombros. Cayó al suelo y una roca golpeó su codo derecho, causándole un vivísimo dolor.

El revólver se desprendió de sus dedos repentinamente sin fuerza. Cuando se disponía a recogerlo con la mano izquierda, una bala pegó en el tambor, despidiéndolo a cuatro pasos de distancia. Sharmax no se entretuvo más y corrió enloquecidamente la segunda etapa. Antes de que Finney pudiera disparar de nuevo, ya había ganado el resguardo de la terraza, que le protegía con su saledizo. Por el momento. Finney no podía alcanzarle, ni siquiera aunque sacase medio cuerpo fuera de la barandilla.

Sonaron pasos sobre su cabeza. Finney lanzó un aullido.

Sharmax sonrió, mientras se frotaba el codo, para recobrar la libertad de movimientos. Era evidente que Finney se había desconcertado y hasta empezaba a sentirse aprensivo.

El asesino volvió a gritar. Sharmax se deslizó cautelosamente a su derecha. Había allí una puerta, que daba a la planta baja de la casa, destinada a leñera y almacén de provisiones y bodega. Tanteó cuidadosamente el picaporte y respiró aliviado al comprobar que no estaba cerrada con llave.

Tendría que actuar con mucho cuidado. Estaba desarmado y lo malo era que no sabía dónde había podido dejar el mayordomo el rifle del padre de Alberta.

Entró en el sótano y avanzó paso a paso. No, el rifle no estaba allí, averiguó bien pronto. Pero, de repente, vio algo que le hizo concebir esperanzas.

En silencio, descolgó el arco de la pared. El padre de Alberta había sido en tiempos aficionado a la caza con arco y flechas, hasta que su salud le impidió caminar durante horas por las montañas, en busca de una presa. Encontró la aljaba y se la colgó del hombro. Luego probó la cuerda del arco.

—Más vale esto que nada —murmuró.

Puso una flecha en la cuerda y ya se disponía a buscar la

escalera que conducía al interior de la casa, cuando, de pronto, oyó pasos en el exterior.

Inmediatamente, saltó a un lado, ocultándose en el lugar más penumbroso. Finney asomó parcialmente en el vano iluminado que era la puerta abierta de par en par.

—¡Sonny! ¡Sal de una vez, maldito! —rugió

Sharmax guardó silencio. Finney volvió a lanzar otro aullido.

—¿Estás ahí, Sonny?

—Sí, aquí —contestó el joven, a la vez que daba un paso lateral.

Finney saltó al centro de la puerta y empezó a disparar frenéticamente, en abanico. Sharmax esperó a que las balas fuesen dirigidas hacia otro punto y entonces soltó la cuerda del arco, tensada al máximo.

Un coche llegaba en aquel momento. Millman, White y Alberta saltaron al suelo, ellos pistola en mano.

—¡Tire su rifle! —gritó White.

Finney les miró con ojos dilatados por el asombro. De pronto, Millman vio la cosa clavada en el pecho del sujeto y soltó una exclamación.

—¡Cristo, una flecha!

El rifle cayó al suelo. Finney agarró con ambas manos el palito emplumado, pero, de pronto, le fallaron las fuerzas y cayó de bruces al suelo.

Sharmax apareció en aquel instante, todavía con el arco en las manos.

—Hola —sonrió.

Alberta corrió hacia él, con los brazos extendidos, riendo y llorando a la vez.

—Me dijeron que habías venido aquí... Les llamé para que me ayudasen... —dijo entrecortadamente.

—La cosa estuvo apurada, en efecto —dijo él.

—Señor, ¿cómo se le ocurrió utilizar el arco? —preguntó Millman.

—Era lo único que tenía a mano —contestó Sharmax.

\* \* \*

Alberta entró en la habitación del hotel y vio a dos desconocidos, con Sharmax, quien estaba haciendo la maleta.

—Sonny, tengo buenas noticias —exclamó la joven—. Papá no tiene nada y muy pronto volverá a su puesto en la empresa... Pero, ¿qué haces?

—Ya ves, el equipaje —respondió él—. Por cierto, aún no te he presentado. Sara Brown y Julián O'Maid. Me ayudaron mucho en mis investigaciones. Formaron parte de mi servicio de Información, ¿sabes?

—Encantada de conocerles —dijo Alberta secamente—. Pero no puedes marcharte ahora que ya está todo solucionado...

—Bueno, la ciudad no me necesita. Y parece ser que esta vez sí voy a conseguir el papel de Buffalo Bill...

—Sonny, estás equivocado el pensar que no te necesitan —dijo la joven con voz tensa.

O'Maid se puso en pie e hizo una seña a la mujer.

—Sara, aquí estorbamos —sonrió.

—Sí, tienes razón —convino la exvendedora de tabaco.

Sharmax y Alberta quedaron a solas.

—Bueno, ¿no me dices nada? —preguntó ella.

Sharmax la miró fijamente.

—Podría decirte muchas cosas, pero, ¿de qué serviría?

—Inténtalo, Sonny.

—En primer lugar, tus padres...

—Están de acuerdo. Ya lo saben. Y dicen que ya es hora de que siente la cabeza, de que me case y tenga hijos...

—¡Reaccionarios! —bufó él.

—Llámalos como quieras, pero esa es tu perspectiva, Sonny.

—Te equivocas...

—Sal de aquí y te haré arrestar por vagabundo.

—Serías capaz —respingó él.

—¿Por qué no lo intentas?

—Alberta, esto no podría salir bien jamás...

Ella se le acercó y se colgó de su cuello.

—Vamos a probar —ronroneó—. No importa quién seas ni de dónde vengas; solo sé que eres el hombre que necesito. Y podemos probar a que salga bien durante...

—¿Un par de años?

—¡Doscientos, tonto! —rio Alberta—. Toda la vida, toda...  
Sharmax suspiró.

—La verdad, no es mala solución —convino.  
—Es la mejor —afirmó ella rotundamente.

FIN

Las mejores novelas de

**M**ARCIAL LAFUENTE

# ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,  
pueden saborearse en las  
COLECCIONES

## CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la  
oportunidad de leer estas  
primeras ediciones, en las que  
cada título es un vendaval  
de emoción!

**Asegure su ejemplar**

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**